

LÍNEAS DE SANGRE Y TRAICIÓN

A man with dark hair and a beard, wearing a dark suit jacket over a light blue shirt, is shown in profile, looking to the left. The background is dark and smoky, with a large, faint skull visible in the upper right corner. The title 'SU OSCURA posesion' is written in a mix of serif and script fonts, with 'SU OSCURA' in a bold serif font and 'posesion' in a white script font. A red heart symbol is positioned below the title.

SU OSCURA
posesion

UN OSCURO ROMANCE MAFIOSO

KELSIE CALLOWAY

SU OSCURA POSESIÒN

UN OSCURO ROMANCE MAFIOSO

LÍNEAS DE SANGRE Y TRAICIÓN

LIBRO UNO

KELSIE CALLOWAY

Copyright © 2025 Kelsie Calloway

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin la autorización del editor, salvo en los casos permitidos por la legislación estadounidense sobre derechos de autor. Para obtener permisos, póngase en contacto con Kelsie Calloway en kelsiecalloway@gmail.com.

Excepciones: Los reseñistas pueden citar breves pasajes para sus reseñas.

Se trata de una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, sucesos o lugares es pura coincidencia.



ÍNDICE

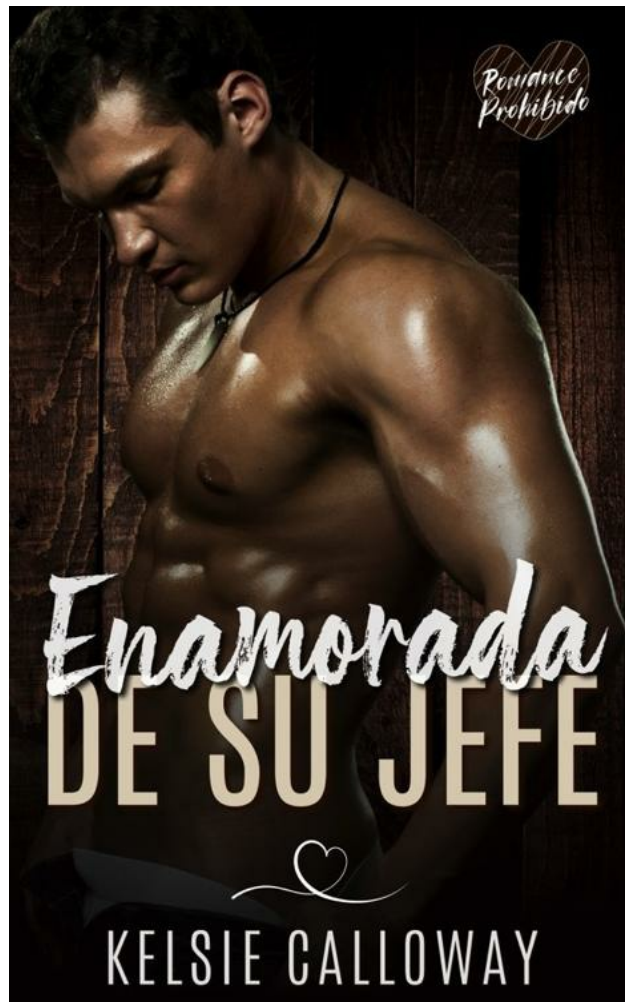
¡Consigue un libro gratis de Kelsie Calloway!

1. Antonio
 2. Gabriella
 3. Antonio
 4. Gabriella
 5. Antonio
 6. Gabriella
 7. Antonio
 8. Gabriella
 9. Antonio
 10. Gabriella
- Antonio

¡Consigue un libro gratis de Kelsie Calloway!

También de Kelsie Calloway

¡CONSIGUE UN LIBRO GRATIS DE KELSIE
CALLOWAY!



Únete a mi lista de correo para ser el primero en enterarte de nuevos lanzamientos, ventas de libros, promociones gratuitas, contenido extra y otros regalos de autor.

¡Recibe **Enamorada De Su Jefe** gratis al registrarte!

<https://geni.us/SpanishRM>

ANTONIO

Cómo dicen los niños, esta mierda está encendida.

Barbie me sacude el culo en la cara y lo único que veo es una deslumbrante cascada de purpurina que brilla en la penumbra. El tenue y dulce aroma a melocotón maduro inunda el aire, creando una atmósfera embriagadora que nos envuelve como un cálido abrazo. Hago descender mi mano sobre su trasero con una bofetada punzante que resuena como un reto juguetero. Cuando digo que se sacude como un terremoto, quiero decir que su culo tiene su propia escala de Richter, enviando ondas expansivas de euforia por toda la habitación.

En medio de esta salvaje celebración, oigo sonar un teléfono en algún lugar a lo lejos. Probablemente es el personal del Bellagio, que nos pide que bajemos el volumen de la música. Doy una calada larga y satisfactoria a mi puro, sintiendo cómo el humo se arremolina a mi alrededor como un fantasma perezoso antes de apagarlo en una nube espesa. La vida es jodidamente buena.

«No puedes acaparar a la stripper porque sea tu despedida de soltero», se queja Costantino con una sonrisa juguetona que le ilumina la cara. «Ven aquí, nena. Papá tiene un paquete para ti». Se frota y acaricia el regazo, guiñándole un ojo a Barbie con ese brillo travieso en los ojos, como si ella no pudiera ver cómo se le aprietan los pantalones con anticipación.

Ella le lanza un beso burlón mientras balancea sus caderas contra mi entrepierna, con su risa burbujeante como el champán. «Espera tu turno, guapo. No es tu última noche de libertad».

Técnicamente, tampoco es la mía. Me caso el próximo fin de semana, pero sólo un idiota tiene una despedida de soltero la noche antes del día de su boda, sobre todo con tanto en juego. Vuelvo a palmeo el culo de Barbie, provocando un chillido juguetero, y gimo cuando la siento girar con más fuerza contra mí, el calor y el ritmo encendiendo algo primitivo en mi interior. Hacía seis largos meses que no tenía una mujer, todo a instancias de mi padre. En cuanto organizó mi boda con la viuda Gabriella Scott, me hizo jurar que no me casaría con otras mujeres, como si la promesa fuera un vínculo sagrado. Aunque él mismo no es monógamo, pensó que sería una muestra de buena fe hacia su familia, un intento de borrar cualquier duda sobre mis intenciones. En el ínterin, he estado mirando su foto todos los días, trazando el contorno de su sonrisa con los ojos y sacudiéndome hasta que no podía ver bien, cada liberación un recordatorio agri dulce de lo que me he estado perdiendo. Pero todo eso cambiará la semana que viene. En siete días, voy a enterrarme tanto en mi novia que va a ver el cielo, y por fin recuperaré las piezas de mi vida que han quedado aparcadas.

«Dirígete a Costantino, cariño». Ayudo a Barbie a bajar de mi regazo, dejándola ir a regañadientes, y la dirijo hacia el apuesto hijo de puta al que llamo mi primo. Ha estado esperando su turno y sé que la hará reír como nadie. Recojo mi bebida de la mesa auxiliar y me dirijo al balcón, necesito un momento para respirar y aclarar mis ideas.

Rafael está apoyado en la barandilla con una copa en cada mano, la personificación de la confianza despreocupada. Las fuentes del Bellagio están enloquecidas, bailando al son de una nostálgica canción de Frank Sinatra, y el agua se dispara formando fascinantes dibujos que brillan bajo el cielo nocturno. Decenas de personas parecen hormigas en el suelo, sus voces son un murmullo lejano mientras se acercan todo lo que pueden para contemplar el espectáculo, con los rostros iluminados por el asombro. Es una escena caótica pero hermosa, un telón de fondo perfecto para la noche salvaje que se desarrolla a nuestro alrededor.

«¿Estás cansado de la fiesta, hermano? le pregunto mientras me arrimo a su lado y el calor de la noche nos envuelve como una suave manta. Justo al otro lado de la puerta, nuestros guardaespaldas revolotean, vigilantes y atentos. Rafael tiene uno, yo tengo tres. Supongo que las ventajas de ser el hermano mayor conllevan un cierto nivel de escrutinio, especialmente en un lugar como éste.

«Hay mucho ruido ahí dentro», responde Rafael, mostrándome una media sonrisa que no le llega a los ojos. Nunca le han gustado las fiestas como al resto de nosotros, siempre se ha sentido más cómodo en ambientes más tranquilos, donde el caos del mundo no se entromete en sus pensamientos.

«Es Las Vegas; hay ruido en todas partes. ¿Intentas decirme que tus salas de urgencias son más silenciosas que esto?». bromeo, sabiendo muy bien que, como médico, Rafael está acostumbrado a la cacofonía de las situaciones de vida o muerte. He visto suficientes dramas médicos como para saber que no hay un silencio sepulcral cuando un herido de bala entra en urgencias. Eso significa que tiene que haber algo pesando en la mente de Rafael. ¿Por qué si no estaría aquí de pie, con aspecto tan contemplativo en medio de todo el jolgorio? «Háblame, Rafe. ¿Qué pasa?»

Suspira y, por un momento, creo que va a abrirse y compartir lo que le preocupa. Pero en lugar de eso, cambia de tema y me pregunta despreocupadamente si estoy preparada para casarme, una pregunta que flota en el aire como las brillantes luces de las fuentes que hay detrás de nosotros.

A mis treinta y siete años, hace tiempo que estoy preparada para sentar la cabeza. Cada año que pasa no hace más que consolidar ese deseo, pero mi padre ha insistido, con su resolución habitual, en que espere a la pareja adecuada, una que no sólo se alinee con mi corazón, sino que también refuerce nuestros lazos familiares con otro linaje prominente. Aún recuerdo el torbellino de emociones de mi anterior compromiso con un Deluca, que, por azares del destino, se deshizo antes de empezar. Los cuchicheos entre las familias eran implacables; afirmaban que ella había oído hablar de mí y había huido del país para escapar de la presión de nuestra unión. Qué lástima, en realidad, porque yo la habría cuidado muy bien, colmándola de afecto y lealtad. Eso fue hace media docena de años, y parece una eternidad, ya que mi padre ha tardado la mayor parte de ese tiempo en encontrar una mujer adecuada que cumpla sus rigurosos criterios. Es un hombre crítico, astuto en asuntos de negocios, y no se atrevería a casarme con la hermana de un hombre inferior cuando podría esperar a la hija del jefe, una mujer que elevaría el estatus de nuestra familia.

«Estoy dispuesta a formar una familia, si eso es lo que me pides», digo, uniéndome a Rafael en la barandilla, con la mirada perdida en la extensión de abajo. El suelo parece estar a una eternidad de distancia, un duro recordatorio de las alturas que aún nos quedan por alcanzar. «La familia de Gabriella no se ha echado atrás y, de momento, ella tampoco ha huido del país. Yo diría que es una buena señal, ¿no crees?».

Rafael responde con un resoplido, su expresión es una mezcla de diversión e incredulidad. «¿No te preocupa casarte con ella? He oído que mató a su último marido». Sus palabras flotan en el aire, impregnadas del humor negro que suele acompañar a la honestidad sin filtros de los rumores. Siempre hay un puñado de verdad enterrado en esas historias, y no puedo evitar sentir un destello de incertidumbre.

Gabriella Scott era conocida antes como Gabriella Andretti, un nombre que aún resuena con el peso de su pasado. Después de que su padre arreglara su matrimonio con Johnston Scott, un hombre rico con fama de poseer la mitad de Reno, por un momento pareció un cuento de hadas. Pero esa ilusión se hizo añicos apenas un año después, cuando Johnston apareció muerto en su cama, con la vida apagada en misteriosas circunstancias. Aunque Gabriella tenía una coartada irrefutable, los rumores de sospecha se cernían sobre ella como una sombra; al fin y al cabo, el cónyuge siempre es el principal sospechoso en este tipo de tragedias. «Seguro que ese capullo se lo merecía», le digo a mi hermano con frialdad, con una sonrisa irónica dibujándose en mis labios. «Gabriella no intentará esa mierda conmigo. Créeme, Rafe. No soy fácil de matar». Pregúntaselo a las cuatro personas que lo han intentado; tres están muertas y una está refugiada en las montañas, acobardada por la familia.

Rafael se limita a asentir con la cabeza, con una expresión de tranquila resignación. Como hermano menor, tiende a mantenerse alejado de las turbias aguas de la política familiar. Se gana la vida decentemente como médico, una carrera respetable que le permite distanciarse de las reuniones especiales que padre y yo tememos. Rafael suele decir que, de todos modos, nunca heredará el negocio familiar, así que finge indiferencia ante nuestro legado. «Deberías volver dentro y disfrutar de la fiesta. Al fin y al cabo, todo es para ti», sugiere, con un deje de ánimo en el tono.

Desde luego, podría volver dentro y pasar más tiempo con los voluptuosos cuartos traseros de Barbie, una tentadora distracción que tira de mis pensamientos. Es el último culo libre que voy a tener, una oportunidad fugaz en un mundo en el que el compromiso se cierne sobre mí. Soy consciente de que algunos hombres de la familia eligen mirar hacia otro lado cuando se trata de sus votos matrimoniales, pero me niego a ser uno de ellos. Mi padre se pasó años faltándole al respeto a mamá, tanto en privado como en público, y yo fui testigo de la profunda vergüenza que eso le producía. A los quince años juré que nunca infligiría ese tipo de dolor a una mujer. Si quiero que me toquen una teta o me aprieten el culo, supongo que ahora es el momento de aprovecharlo antes de que el peso de la responsabilidad me hunda.

Pero me quedo fuera con Rafael, dejando que las vibrantes vistas y sonidos de Las Vegas me envuelvan. Las bulliciosas calles están llenas de miles de turistas que recorren ansiosos las aceras con sus teléfonos y cámaras en alto para capturar cada hotel extravagante y cada pieza arquitectónica llamativa que encuentran. Documentan nuestra ciudad con una ráfaga de flashes, publicando apresuradamente en Facebook imágenes mal iluminadas en un intento desesperado por conseguir likes y validación. Ojalá conocieran la verdad más profunda de este lugar, las

historias ocultas tras la ostentación y el glamour. Si abrieran los ojos para ver más allá de la superficie.

Tras unos minutos de silencio contemplativo, me vuelvo hacia Rafael, la curiosidad despertando mi interés. «¿Tienes algún consejo?»

Rafael resopla de nuevo, su expresión cambia al girar la cabeza para mirarme, sus ojos se entrecierran ligeramente en fingida seriedad. «Mantenla a raya, Antonio. Por muy estupenda que creas que es esta chica, por muy invencible que te creas, asegúrate de que sepa desde la primera noche que tú eres el que manda».

Puede que no asista a las reuniones con papá, pero cuando habla, sus palabras hacen eco de las de nuestro padre con una precisión inquietante. Mamá siempre hizo hincapié en la importancia de tratar a Gabriella con respeto y ser dulce con ella, alimentando su espíritu. En marcado contraste, papá sugirió que unas cuantas bofetadas en la cara la noche de bodas la ayudarían a entender quién lleva realmente las riendas en esta relación. Puede que haya hecho daño a algunos hombres a lo largo de los años, abriéndome paso por la vida con cierta ferocidad, pero siempre he trazado la línea cuando se trata de mujeres. Simplemente no soy así; creo en la fuerza, no en la crueldad.

«Gracias, Rafe». Tomo un trago generoso de bourbon, el calor se extiende a través de mí, embotando momentáneamente los bordes de mis pensamientos. Supongo que es bueno que Gabriella se case conmigo y no con Rafael; si se fijara en él, podría convertirse en la próxima víctima del encanto mortal de la Viuda Negra. Mi hermano, a pesar de todo su carisma exterior, alberga un lado oscuro que a menudo me deja intranquila. Por mucho que le quiera, no puedo quitarme de la cabeza la preocupación por su futuro. ¿Encontrará algún día una esposa capaz de ver más allá de las sombras? ¿O se marchitará en estériles salas fluorescentes, con el bisturí en la mano y la mascarilla quirúrgica que oculta su verdadero yo?

GABRIELLA

«¡N o puedes hacer esto!» Carina titubea nerviosa desde la cama, con la voz entrecortada por la ansiedad mientras escruto mi reflejo en el espejo. «Te van a pillar. Antonio probablemente te pegará». Se mete la uña del pulgar entre los labios y empieza a roerla, con una expresión entre preocupada e incrédula. «¡Es una mala idea!»

Pero no me reconocerán. Con la peluca de pelo rojo vibrante cayendo en cascada por mis hombros y la serie de tatuajes temporales aplicados meticulosamente sobre mi piel, sólo parezco una stripper atrevida lista para una noche salvaje. Mi atuendo consiste en un deslumbrante conjunto de encaje negro: sujetador, medias hasta los muslos y ligero, que desprenden un atrevido encanto. «Cálmate», le digo poniendo los ojos en blanco mientras capto su mirada ansiosa en el espejo. «No sabrán que soy yo».

Lo único que quiero es echar un vistazo fugaz a mi futuro marido. He visto su foto, una imagen impactante que capta sus rasgos fuertes, pero nunca lo he visto cara a cara. Los rumores sobre sus despiadados tratos y su mano dura con sus enemigos circulan como la pólvora, encendiendo una chispa de miedo en mi pecho. Necesito asegurarme de que no ejerce esa misma brutalidad contra las mujeres. Si Antonio Bianchi le pone la mano encima a una mujer, podría correr la misma suerte que Johnston.

«¿Cómo te enteraste de que iban a celebrar aquí la despedida de soltero?». pregunta Carina, con el ceño fruncido por la confusión. «Creía que veníamos para una noche de spa». La ironía de nuestros planes originales flota en el aire y contrasta con la temeraria aventura en la que estoy a punto de embarcarme.

Sólo hay que saber qué preguntas hacer y con qué hombres flirtear. «Puedes ir al spa. Bajaré en un rato, ¿vale?». Digo, con voz firme, aunque un nudo de aprensión se retuerce en mi estómago. A menos que algo salga terriblemente mal, pero si menciono eso, Carina perderá la cabeza por completo. Lo último que necesito es que llame a su madre llorando y desencadene una reacción en cadena que acabe arruinando mis planes.

Carina se levanta, sus movimientos se tiñen de urgencia al coger la gabardina que cuelga de la cama. Aunque sus ojos están ansiosos, rebosantes de una docena de palabras que intenta contener desesperadamente, consigue dármele con un ligero temblor en las manos. «¿Quieres algún tipo de código?», me pregunta con voz preocupada.

Estoy segura de que si he llegado al punto de necesitar una palabra clave para salvarme, mi tapadera ya se habrá descubierto y Antonio sabrá sin duda que estoy en la fiesta. «Estaré bien, de

verdad», la tranquilizo, forzando una sonrisa que parece más una máscara que un consuelo genuino.

«Pero, ¿y si se dan cuenta de que no eres bailarina? El nerviosismo se apodera de su voz, y puedo ver la preocupación grabada en su rostro, cada arruga más profunda que la anterior.

Supongo que ahora es el momento de decirle que Johnston me obligó a tomar clases, un hecho que he enterrado profundamente. En esas largas y solitarias noches en las que volvía a casa borracho, incapaz de rendir, me obligaba a desnudarme y a machacarme con él hasta que lo conseguía. «No sospecharán nada. Baja, date un masaje y vuelve cuando estés relajado. Te prometo que estaré bien», digo, intentando parecer más segura de mí misma de lo que me siento, con la esperanza de calmar la tormenta de ansiedad que nos invade a las dos.

Carina y yo nos separamos y cada uno se dirige a su destino. Mientras me pongo la gabardina para ocultar la sexy lencería que llevo debajo, siento una mezcla de excitación y temor. Me dirijo al ático mientras ella se dirige a la torre del spa, probablemente para darse unos mimos muy necesarios. El ascensor se desliza hacia arriba, el suave jazz que suena de fondo añade un toque de sofisticación al momento mientras me lleva al piso treinta y seis. Me paso los dedos por la peluca, sus sedosos mechones rozando mi piel, y rezo en silencio para que Antonio no vea a través de mi disfraz cuidadosamente elaborado. Dudo que haya pasado mucho tiempo estudiando mi foto, así que me convengo de que esto será pan comido.

Cuando se abren las puertas del ascensor, la música se intensifica hasta casi hacer vibrar el suelo. En el exterior, dos guardias de seguridad me impiden el paso con sus musculosos cuerpos que recuerdan a Dwayne Johnson. «¿Qué hace aquí, señorita?», me pregunta uno de ellos, con un tono a la vez autoritario y curioso.

Me tomo un momento para evaluarlos y empiezo a desabrochar la parte superior de la gabardina, dejando entrever sutilmente lo que hay debajo. Con una sonrisa sugerente, me inclino ligeramente y digo: «Soy parte del espectáculo». Dejo que las palabras queden en el aire, esperando despertar su interés. «Es la despedida de soltero de Bianchi, ¿verdad?». El más tranquilo de los dos guardias, claramente cautivado, no puede apartar los ojos de mis tetas, su mirada traiciona una mezcla de intriga y deseo.

«Entra», dice finalmente el otro guardia, asintiendo con la cabeza y haciendo un gesto con el pulgar hacia la puerta, permitiéndome pasar. La emoción del momento me recorre mientras doy un paso adelante, dispuesta a abrazar lo que sea que me espere dentro.

A pesar de haber formulado este plan hace un mes, los nervios se apoderan de mí y me hacen un nudo en el estómago. Da media vuelta. me grita la vocecilla de mi cabeza, pero no le hago caso. Si me doy la vuelta ahora, los guardias de seguridad pensarán que pasa algo, y no puedo permitirme levantar sospechas. Así que respiro hondo, me armo de valor y doy un paso adelante, empujando la puerta.

Nada más cruzar el umbral, me golpea de inmediato el penetrante aroma del humo de los puros, espeso y empalagoso en el aire. Parece que hay al menos veinte hombres de un lado para otro, y sus conversaciones se interrumpen bruscamente cuando todas las miradas se vuelven hacia mí, atraídas por mi inesperada llegada. Enseguida esbozo una tímida sonrisa que suaviza mis facciones y me despojo de la gabardina, que se desliza por mis hombros hasta caer a mis pies. «Busco a Antonio Bianchi», anuncio con voz firme a pesar de la excitación que se agita en mi

pecho.

Media docena de hombres se quedan boquiabiertos al ver mi cuerpo, una reacción que me estremece. Casi todos los hombres señalan instintivamente hacia el balcón, con una expresión entre sorprendida e intrigada. Incluso alguien grita el nombre de Antonio, el sonido resuena ligeramente en la gran sala.

Momentos después, Antonio vuelve a entrar perezosamente por las ornamentadas puertas francesas, con una encantadora sonrisa en los labios. Sigue la mirada de sus hombres hasta que sus ojos finalmente se posan en mí, y puedo sentir el calor de su mirada recorriendo cada centímetro de piel expuesta. Hay una tensión palpable en el aire mientras me examina de pies a cabeza, con evidente aprecio. «¿Y quién eres tú, preciosa?», me pregunta con un tono suave e incitante que me hace sentir un escalofrío de expectación.

«Lláname Ángel». Antonio tiene un aspecto diferente al de sus fotos. En lugar de la línea sombría que pasa por sus labios, luce una sonrisa que me revuelve el estómago en un delicioso baile de nervios. Con un traje impecablemente confeccionado que se ciñe a su figura en todos los lugares adecuados, destaca sobre el lujoso telón de fondo de la sala. Sus hombros anchos y su piel oscura y aceitunada irradian un encanto magnético; es el hombre italiano con el que todas las chicas de mi familia soñábamos casarnos cuando éramos jóvenes, la encarnación de la sofisticación suave. Una bailarina de verdad me mira con ojos curiosos, pero enseguida vuelve a centrar su atención en el hombre con el que baila, agitando sus amplias curvas en su cara mientras él se entierra en su carne mullida, perdido en el ritmo de la música.

«¿Eres un regalo sólo para mí, muñeca?». pregunta Antonio, con voz grave, mientras deja el vaso en la mano sobre una mesa cercana. Comienza a cruzar la habitación con pasos deliberados, cada paso resuena con una confianza que atrae todas las miradas, incluida la mía. El intenso y oscuro calor de su mirada parece capaz de prender fuego al aire que nos separa, casi haciéndome arder en una oleada de anhelo y excitación. «Me encanta desenvolver regalos», añade, con una promesa juguetona entre sus palabras.

Cuando se instala frente a mí, a escasos centímetros del mío, una oleada de calor inunda mis mejillas, traicionando mi compostura. Antonio alarga la mano, sus dedos se deslizan a lo largo de la curva cóncava de mi figura con un toque ligero como una pluma, bajando hasta mi cadera antes de descansar allí como si reclamara su propiedad. «Parece que eres nueva en esto», susurra, con voz intrigante. Hace un gesto sutil hacia la otra chica que me había llamado la atención antes. «Cuando entró», continúa, con la mirada fija en mí, “se quitó el top”.

El miedo se apodera de mi pecho, un apretón frío que me dificulta la respiración. Sabía que tendría que bailar para esos hombres, al menos durante un rato, pero nunca imaginé que tendría que desnudarme delante de todos ellos, exponiendo no sólo mi cuerpo, sino la vulnerabilidad de mi propia esencia. Tiene sentido, dadas las circunstancias, pero la idea aún me aterroriza y me produce un escalofrío. «Tal vez puedas domarme entonces», digo, forzando una sonrisa pícara en mis labios, tratando de disimular mi ansiedad. «¿En el dormitorio, quizás?

Antonio sonrío, las comisuras de sus labios se curvan de una forma que me estremece, y me agarra la mano con confianza. «Sígueme, preciosa», me ordena con voz suave y seductora.

Detrás de nosotros, sus amigos se burlan en voz alta y estridente, y sus vítores resuenan en el aire mientras él me conduce a través de unas puertas pesadas que crujen suavemente al abrirse.

Cuando alguien cierra las puertas detrás de nosotros, la cacofonía de la sala de estar se reduce a un murmullo lejano, dejando tras de sí un silencio casi espeluznante. Mis ojos tardan unos instantes en adaptarse a la oscuridad de la habitación, donde las sombras bailan y juegan con mi vista. Las tenues luces del techo proyectan un suave y cálido resplandor que apenas ilumina los contornos del espacio, creando una atmósfera íntima que resulta a la vez acogedora y sofocante.

«¿Vas a bailar para mí? me pregunta Antonio, en voz baja y burlona, mientras me suelta la mano y se gira para sentarse en el borde de la cama, con una postura relajada pero dominante. «Algo especial, quizás», añade, levantando una ceja a modo de reto juguetón, “ya que acabo de salvarte de la manada de lobos que hay fuera”. La forma en que me mira enciende una chispa de desafío en mi interior, mezclada con una emoción innegable, mientras contemplo la actuación que me espera.

Siento que el corazón me late más fuerte que la música que retumba en el salón, cada golpe retumba en mis oídos, pero este es el mejor escenario posible que podría imaginar. Aquí estoy, a puerta cerrada con mi prometida, un momento que conlleva el peso tanto de la emoción como de la inquietud. «Lo que quiera, Sr. Bianchi», respondo, con voz firme a pesar de la agitación de mi pecho. Me acerco a él lentamente, cada paso deliberado mientras intento recordar todo lo que aprendí en mis clases de baile, los movimientos que practicaba frente al espejo ahora giran en mi mente como una danza propia.

Antes de que pueda montarme en él, Antonio me agarra por las caderas con una urgencia que me pilla por sorpresa, tirando de mí con una intensidad que me hace respirar entrecortadamente. Su cara se posa justo encima de mi ombligo, y puedo sentir el calor que irradia su cuerpo mientras su agarre se hace más posesivo. «¿Algo?», pregunta, con una risita retumbando en su pecho que me produce escalofríos. «Si quisiera acostarme contigo en esta cama y cogerte por detrás, ¿me dejarías?

Sus palabras flotan en el aire, cargadas de implicaciones, y al sentir su cálido aliento sobre mi piel me recorre una oleada de lujuria que enciende una llama de deseo que no sabía que podía sentir en una situación así. He venido aquí para conocer mejor al hombre con el que me voy a casar, para comprender las profundidades de su carácter, y ahora me encuentro atrapada en sus garras, con los límites entre el decoro y la pasión difuminados. Lo único que se me ocurre para recordarme que estoy aquí por una misión es el hecho de que mi prometido se está insinuando a una stripper, un papel que nunca imaginé para mí. «¿Cómo cree que se sentiría su prometido al respecto, Sr. Bianchi?». le pregunto, mirándole desde arriba, con la voz entrecortada por un desafío burlón, aunque mi corazón se acelere por la emoción del momento.

Antonio me obliga a ponerme encima de él, con las rodillas a cada lado de su poderoso cuerpo, inmovilizándome. «Dímelo tú», me reta, con voz grave e intensa. La sonrisa juguetona que antes bailaba en sus labios desaparece cuando sus manos se deslizan hasta tocarme el culo, provocando una descarga eléctrica que me recorre por completo.

«No sé a qué te refieres», tartamudeo, con las mejillas sonrojadas por una mezcla de vergüenza y excitación, y el pulso se me acelera en respuesta a sus caricias.

Sus dedos se clavan en la suave carne que sujeta, apretando el agarre mientras se inclina más hacia mí, con su aliento cálido sobre mi piel. «¿Creeas que no reconocería a mi propio prometido?». Antonio niega con la cabeza, con una pizca de diversión en su expresión. «Qué

tierno».

Mierda. ¿Qué coño hago ahora? Mi mente se acelera, atrapada entre la emoción del momento y el peso de lo que esto significa para nosotros.

ANTONIO

En cuanto Gabriella entró por la puerta, me invadió una innegable oleada de reconocimiento. Estaba mirando a la mujer que sólo había visto en fotografías, pero aquí estaba, vibrante y real. Sus piernas torneadas, adornadas con una serie de tatuajes atrevidos y cutres que esperaba fervientemente que fueran mera tinta y no una parte permanente de ella, llamaron mi atención al instante. Aquellos hermosos ojos marrones brillaban con risa y alegría, irradiando una calidez que invitaba y desarmaba. La pequeña y juguetona curva de sus labios al sonreírme hizo que una sacudida eléctrica recorriera el aire.

No acababa de entender por qué mi prometido estaba en mi despedida de soltero, un giro del destino que me resultaba extraño y estimulante a la vez. Las palabras de Rafael resonaban insistentemente en mi mente: «Asegúrate de que sepa desde la primera noche que eres tú quien manda». Aunque era consciente de que esa no era su intención, no había previsto verla hasta la cena de ensayo. Nuestra «primera noche», por así decirlo, habría sido nuestra noche de bodas, envuelta en la promesa de nuevos comienzos. Pero ahora, aquí estaba en mi ático, vestida con lencería sexy que acentuaba cada curva, mostrando un cuerpo que sólo yo debería tener derecho a contemplar. Parecía que, después de todo, esta noche se había convertido en nuestra primera noche, y yo estaba decidido a demostrarle quién mandaba, aunque eso significara sobrepasar los límites de mi determinación.

Gabriella se retorció en mi regazo bajo mi firme agarre, y su confianza inicial se evaporó como la niebla bajo el sol de la mañana. En su mirada se encendió una chispa feroz, la intensidad de su expresión sugería que creía que yo no podía sentir el calor que irradiaba de su centro, presionándome con una urgencia que era a la vez embriagadora y desafiante. «Suéltame, Antonio», exigió, con una mezcla de desafío y vulnerabilidad en la voz que no hizo más que aumentar mi deseo de establecer mi dominio.

Se merece una reprimenda por lo que ha hecho. Ninguna esposa mía exhibirá su cuerpo semidesnudo ante mis hombres, alardeando de sí misma como si fuera una vulgar ramera. No me importa si lleva peluca y está prácticamente irreconocible; lo que más importa es el principio del asunto. «Eres de mi propiedad, Angel, y puedo hacer lo que quiera contigo», afirmo, con voz baja y firme, un firme recordatorio de los límites que ha cruzado.

Su cuerpo se tensa y, por un momento, pienso que podría golpearme en señal de desafío. Pero en lugar de eso, Gabriella entrecierra los ojos, y en ellos se enciende un fuego. «¿Y qué haces con tu propiedad, Bianchi? ¿Se parece en algo a lo que haces con los hombres que no te escuchan?». Su tono es una mezcla de desafío y sarcasmo, una mezcla peligrosa que sólo aumenta mi deseo de

imponer mi control.

Es muy atrevida y no puedo evitar admirar su espíritu. A Gabriella no le vendría mal que mi polla le llenara la boca; tal vez así evitaría que se me escapara. «Más o menos», respondo, y la agarro con más fuerza mientras me pongo de pie, la levanto de la cama con facilidad y la mantengo en alto. La emoción del poder me recorre por dentro. «A ellos los joden, ¿pero a ti? A ti solo te van a follar con los dedos».

Sus ojos castaños se dilatan con una mezcla de sorpresa y lujuria, el desafío suspendido en el aire entre nosotras. «No lo harías», susurra Gabriella, el desafío en su voz se suaviza hasta convertirse en algo casi suplicante. «No antes del día de nuestra boda». La tensión crece como la electricidad, el momento se suspende mientras ambos consideramos las implicaciones de sus palabras.

Giro para dejarla caer sin contemplaciones sobre la cama, el suave golpe de su cuerpo contra el colchón resuena en la cargada atmósfera. «Puedo hacer lo que quiera, incluso con mi prometida. Pero no te preocupes, muñeca, te va a encantar. Al final de esto, estarás soñando despierta con lo que es tenerme dentro de ti, perdida en pensamientos de placer que te perseguirán mucho tiempo después».

Un destello de miedo se dibuja en su rostro, pero enseguida queda enmascarado por una obstinada determinación cuando empiezo a desabrocharme el cinturón y el metal tintinea inquietantemente en el tenso silencio. Tiro el traje de chaqueta hacia la cómoda; por poco no toca el borde y se desliza hasta el suelo, arrugándose al instante, símbolo del caos que se está desatando. Necesito espacio para trabajar, para hacer valer mis derechos. «Apóyate en la cama, Gabriella», le ordeno con voz baja y firme.

Sus ojos brillan con un fuego obstinado, el desafío burbujea bajo la superficie. «Te arrepentirás, Antonio. Mi padre...»

«-No hará nada», interrumpo, mi tono corta sus palabras como un cuchillo. «Tu padre necesita a la familia Bianchi. Después de tu numerito con Johnston, la familia Andretti se hunde más rápido que el Titanic, un barco que se hunde bajo el peso de su propia arrogancia. A menos, claro - sonrío, con las comisuras de los labios curvadas por la diversión-, que mantengas que tú no lo mataste. Pero ambos sabemos la verdad, ¿no?».

Gabriella me fulmina con la mirada, sus ojos ardientes se entrecierran en rendijas que podrían cortar el acero. «Cuando maltratas a las mujeres, siempre existe la posibilidad de que una mujer te maltrate a ti a cambio».

Es una confesión vaga, envuelta en desafío, pero que me hace dar gracias por no haberle puesto nunca la mano encima. Puede que Gabriella mida un metro setenta, su pequeña cintura acentuada por la delicada curva de sus caderas y sus pechos de taza de té, pero hay en ella un espíritu feroz e inquebrantable que irradia la esencia de una asesina si alguna vez he visto una. «Recuéstate, Gabriella. No volveré a decírtelo», le advierto con voz amenazadora.

Ella obedece, se echa hacia atrás y se hunde en el lujoso confort de la cama king-size, que contrasta con su delgadez. En esta vasta extensión de lujo, parece una niña abandonada, casi frágil. Podría zarandearla fácilmente, moldearla en cualquier posición que deseara y satisfacer todas las fantasías depravadas que pasan por mi mente. Pero esta noche, no estoy aquí por placer;

esta noche, voy a enseñarle una lección que no olvidará pronto.

Mi polla palpita de deseo mientras miro fijamente a mi prometida, su sola visión enciende un fuego de lujuria en lo más profundo de mí. Quiero desnudarla, follármela aquí y ahora, conquistarla en este momento de pasión innegable. Pero tengo autocontrol, una cualidad que me resulta casi extraña en este estado de exaltación. Ella se hizo esto a sí misma, después de todo, y todavía no he tenido sexo en seis largos meses. Eso es mucho para un tipo cuyo récord anterior de abstinencia era de sólo tres semanas. Se merece lo que yo decida darle, y pretendo que sea inolvidable.

Me arrastro hasta la cama, la suave tela amortigua mi peso mientras abro las piernas de Gabriella y creo un espacio entre ellas. Se me acelera el corazón al pasar el dedo por su raja cubierta, sintiendo el calor que irradia su cuerpo, una atracción magnética que me acerca. Suelta un pequeño gemido cuando rozo su sensible clítoris con el pulgar, un ruido que despierta algo primitivo en mí. «No eres virgen», le digo en voz baja y cargada de intención. «Sé que Johnston apreciaría a una mujer como tú siempre que pudiera. Eso es exactamente lo que planeo hacer cuando estemos casados». A partir de esta noche, me prometo.

Engancho los dedos en la cintura de sus bragas, las bajo con deliberada lentitud, recorriendo su lencería con una facilidad que habla de familiaridad y hambre. «Tu coño prácticamente me está llamando», me burlo, con una sonrisa en los labios al ver su humedad brillar en la penumbra.

«Te detesto», me mira, y su desafío no hace más que avivar el fuego de mi deseo.

«Tal vez», sonrío, con la anticipación palpable mientras me agacho entre sus piernas, plenamente consciente del poder que ejerzo en este momento. «Pero eso no significa que tu coño sí». Su clítoris, ya duro y tentador, es un delicado botón de nervios, ansioso de mi atención, un testimonio de la excitación que hierve a fuego lento bajo la superficie.

Con deliberada lentitud, subo la lengua por su centro, trazando un camino desde la entrada hasta el ansioso botoncito de la cima. Gabriella se agarra con fuerza a las mantas, clava las uñas en la tela mientras reprime sus gemidos y se muerde el labio en un intento inútil de contener el placer. En este momento, está en mis manos, completamente a mi merced.

Hundo un dedo en su húmedo agujero, hasta los nudillos, y siento cómo me envuelve el calor. A pesar de sus duras palabras, declarando que me odiaba, las caderas de Gabriella se agitan instintivamente hacia mi cara en respuesta a la intrusión, su cuerpo la traiciona. Dejo que mi dedo corazón se una a su compatriota, y ella es incapaz de reprimir el gemido que escapa de sus labios, un sonido que enciende el fuego en mi interior.

Gabriella se retuerce bajo mis caricias cuando empiezo a masajear su punto G. Su cuerpo responde a cada uno de mis movimientos. Desciendo sobre su clítoris, llevándomelo a la boca y castigándolo con la lengua, provocándola y tentándola con un ritmo diseñado para volverla loca. En esta embriagadora danza de placer, pierde el control de sus sentidos mientras mis dedos y mi boca trabajan juntos, creando una sinfonía de éxtasis a la que ya no puede resistirse.

Es de mi propiedad, mi futura esposa. Adornada con encaje negro y tatuajes, Gabriella sucumbe a mis caricias, su cuerpo se rinde mientras la exploro. Chupo suavemente su clítoris, arrancando suaves jadeos de sus labios mientras ella empieza a mover las caderas, acelerando el ritmo de sus movimientos con cada caricia. El embriagador aroma de su coño me envuelve, dulce y floral,

como la madre selva floreciendo en una soleada mañana de primavera. En este momento, me pertenece por completo.

No tiene importancia lo que Johnston le hiciera; sus acciones son irrelevantes, tanto si la folló hasta dejarla sin sentido como si la llevó al borde del éxtasis. Gabriella llegará a desearme como un adicto en busca de su próxima dosis. Puede que por ahora me desprecie, pero pronto se dará cuenta de que anhela la estricta dieta que le impongo: mi polla entrando y saliendo de ella mañana y noche. Puedo verlo en sus ojos; cuando vuelva a casa del trabajo, estará empapada con solo pensar en lo que le espera. Me olvido de la mundana tarea de preparar la cena; en vez de eso, la tengo encaramada al borde de la encimera, con el cuerpo tembloroso por la expectación mientras la penetro con fuerza y profundidad, y cada embestida la lleva en espiral hacia el éxtasis hasta que grita.

Cuando Gabriella por fin se corre, es un sonido amortiguado por su propia contención. Instintivamente se golpea los labios con el puño, desesperada por ahogar los gritos que amenazan con escaparse. Aprieta las caderas contra mi cara, como una invitación inquebrantable, mientras sigo lamiendo su punto más dulce y mis dedos entran y salen de su interior con un ritmo implacable que la vuelve loca.

No sé si las lágrimas que brillan en sus mejillas son fruto del placer o de la frustración. Cuando por fin me separo de su embriagadora presencia, me paso la lengua por los bordes de la boca, saboreando el persistente dulzor de su esencia, deleitándome con ese sabor por última vez esta noche. «Ódiame todo lo que quieras, preciosa», murmuro, con una sonrisa perversa dibujándose en mis labios, “pero soy lo único en lo que vas a pensar desde ahora hasta el día de tu muerte”.

Gabriella Andretti-Scott es mía, completa e irrevocablemente. La arruinaré para cualquier otro hombre, asegurándome de que nadie pueda compararse al éxtasis que le proporciono durante el resto de su vida. La idea de que considere lo impensable, matarme, se desvanece porque, en el fondo, sabe que no hay otra alma que la haga sentir tan viva, tan electrizada, como yo. «Voy a por tu abrigo; es hora de que vuelvas por donde has venido», le digo, con voz baja y firme. «Y hazme un favor», le devuelvo la mirada, intensa al llegar al umbral de la puerta del dormitorio. «No vuelvas a ponerte semidesnuda para mis hombres. Si lo haces, te bordearé ese dulce coñito hasta que se te salten las lágrimas de no poder correrte».

Cuando salgo de la habitación, la escena cambia radicalmente. Los hombres de la fiesta siguen enfrascados en su jolgorio, bebiendo, fumando y entreteniéndose con Barbie, sus risas y bromas llenan el ambiente. Probablemente ni siquiera se dan cuenta de mi ausencia, ignorando felizmente que me falta la chaqueta del traje y que no encuentro el cinturón por ninguna parte.

Sin embargo, cuando veo a Rafael al otro lado de la habitación, levanta una ceja, curioso, con una pregunta silenciosa flotando en el aire entre nosotros. Quizá debería contarle lo que hice, que seguí sus consejos al pie de la letra. Puede que no controle a mi futura esposa con puño de hierro, pero dominaré su corazón y su cuerpo por otros medios, asegurándome de que permanezca unida a mí de formas que aún no comprende.

GABRIELLA

A noche, Carina y yo nos dimos el capricho de ir al salón de manicura. Era una salida de doble propósito: un capricho preboda y un intento desesperado de frenar su incesante hábito de morderse las uñas. Sin embargo, en un giro de la ironía, parece haber cambiado un vicio por otro, y ahora golpea rítmicamente sus uñas recién pulidas contra cualquier superficie disponible que emita un sonido satisfactorio.

«Carina, te lo juro por Dios», empiezo a decir, con una oleada de irritación que recorre mis facciones y mi paciencia agotándose.

Su mueca de dolor es casi palpable, como un eco de la tensión en el aire. «Lo siento, Gabriella. Sé que es un fin de semana estresante para ti», responde con un deje de preocupación en la voz.

Estresante es decir poco. Mi mente ha sido un torbellino desde que volví a la habitación del hotel el fin de semana pasado, repitiendo una y otra vez el encuentro con Antonio. No es que sea mi amor verdadero o un príncipe de cuento de hadas, sino la forma en que me hizo sentir. La sensación de sus manos sobre mí, encendiendo algo en lo más profundo de mi ser, me dejó vergonzosamente excitada y con ganas de más. En la soledad de mi habitación, me frotaba furiosamente el clítoris, persiguiendo el subidón que me había dado, y llegué a la cima del éxtasis no una, sino tres veces. Sin embargo, ninguno de esos climas pudo compararse con la sobrecogedora liberación que Antonio me había provocado, dejándome hueca y frustrada cuando por fin llegó Carina, rebotante de su energía y parloteo habituales.

Estaba mortificada por lo que había sucedido entre nosotros, una mezcla de incredulidad y vergüenza la invadía. Carina juró que precisamente por eso no debía haber subido allí, pero como ya había cruzado esa línea, no pudo evitar preguntarme cómo había sido. Podía sentir que se deleitaba oyendo hablar de su deliciosa tortura, y que la emoción de mi experiencia avivaba su curiosidad.

En los días siguientes, intenté reunir información sobre otras conquistas de Antonio Bianchi. Parecía que una docena de mujeres surgían de la nada, deseosas de compartir sus historias. Todas insistían en que tenía una suerte increíble de casarme con él. Dos de ellas me confesaron que les habían prohibido volver a ponerse en contacto con él; al parecer, había acosadoras y Antonio no quería saber nada del caos que provocaban. Cuatro de las mujeres le describen como el mejor polvo que han tenido, con voces teñidas de una mezcla de nostalgia y añoranza. Las otras seis se sumieron en una ensoñación feliz, recordando los momentos mágicos que habían compartido con él. Según todos los indicios, mi futuro marido se había acostado con la mitad de Las Vegas, lo

cual tenía sentido; ¿cómo si no podría uno llegar a ser tan hábil en... eso?

«Deberías echar un polvo. Haría maravillas con tus tics nerviosos», le dije en broma, aunque no quería insistir en ello. Carina y mi hermano habían tenido una relación intermitente desde que estábamos en el instituto. Él era dos años mayor que yo y había estado fastidiando a mi mejor amiga desde que ella tenía dieciséis. Al principio me enfurecí, pero cuando vi que la trataba bien, el enfado se convirtió en aceptación.

Con una sonrisa tímida, los dedos de Carina dejaron instantáneamente de rasgurar el sofá de cuero y un brillo de excitación bailó en sus ojos. «Oh, olvidé decírtelo. Benedetto quiere casarse».

Era sólo cuestión de tiempo. Ben había empezado a hablarme de Carina un año entero antes de que finalmente estuvieran juntos. Incluso ahora, cada vez que se pelean o deciden tomarse un descanso, me encuentro en la incómoda situación de escuchar a ambos desahogar sus frustraciones durante lo que parece una eternidad antes de que inevitablemente se reconcilien. «Me alegro por vosotros. ¿Habéis empezado ya las negociaciones?» pregunto, intentando parecer más entusiasmada de lo que me siento.

Ella sacude la cabeza enérgicamente, sus ojos se abren de sorpresa y deleite mientras habla. «Benedetto me lo dijo la semana pasada. Me dijo que todo el romanticismo que se respiraba en el ambiente le estaba haciendo darse cuenta de que quería casarse conmigo antes de que fuera demasiado tarde. Planea que tu padre hable con el mío después de este fin de semana». La expectación en su voz es palpable, una energía brillante que llena la habitación.

¿Romance en el aire? ¿Qué parte de un matrimonio concertado podría ser romántica? «Espero que vaya bien. Estaría bien tener cerca a alguien que me guste de verdad». No es que Ben sea terrible, pero es, después de todo, mi hermano mayor. Él no entiende lo que es navegar por el mundo como una mujer. Hay una cierta libertad que siento cuando hablo con Carina a la que no puedo acceder con él.

«Sé que es pronto, pero ¿serás la dama de honor en mi boda?». Carina se muerde el labio inferior, sus ojos brillan con la amenaza de las lágrimas. Es una mujer increíblemente emotiva, y ya puedo imaginarme cómo esa profundidad de sentimientos la convertirá algún día en una madre excelente. Tendrá la capacidad única de relacionarse de verdad con sus hijos, comprendiendo sus alegrías y penas con una ternura que sólo alguien como ella podría proporcionar.

Mis hijos vendrán inevitablemente a quejarse de los abusones, ¿y cuál será mi respuesta? Asfixiarlos hasta la muerte mientras duermen y mantener una coartada a prueba de balas. No soy relatable; soy única. «¡Claro que lo haré, Carina! Será tu turno de volverme loca con tus exigencias nupciales». Pero apuesto a que sus exigencias no incluirán colarse en la despedida de soltero de su futuro marido y ser lamida hasta el orgasmo mientras veinte de sus amigos se divierten en la habitación de al lado. Hay dos tipos de personas en este mundo...

«¿Estás lista para salir?» le pregunta Carina, con una pizca de ansiedad en la voz que se filtra en su tono como una lenta gotera.

¿Sinceramente? No, en absoluto. Vi a Antonio durante un rápido repaso de la ceremonia y me miró con esa exasperante sonrisa de suficiencia, seguida de un guiño que me revolvió el

estómago. Durante el encendido de las velas, se inclinó hacia mí y me susurró al oído que no podía esperar a mañana por la noche para tenerme por fin entera. Me di la vuelta rápidamente para mirar a mi familia, con las mejillas encendidas por la vergüenza. Qué descaro el de aquel hombre; parecía deleitarse con mi incomodidad.

«Supongo que sí. No sé si creerán que estamos cambiando por mucho más tiempo». Mientras que yo me había puesto un atrevido vestido rojo de satén hasta el suelo que se ajustaba a mi figura en todos los lugares adecuados, Carina no había cambiado nada y seguía irradiando una gracia sin esfuerzo con su sencillo atuendo. Si no salíamos pronto, podía imaginarme a Antonio enviando a sus hombres a ver cómo estaba, con su preocupación transformándose en impaciencia. No soy conocida por huir de mi futuro, pero dadas las historias que he oído de otras posibles novias suyas, entiendo por qué podrían haber sentido la necesidad de escapar.

Carina y yo nos dirigimos hacia el lugar del evento, con la expectación flotando en el aire. Emerald At Queensridge tiene un aspecto absolutamente impresionante, transformado con grandes arreglos florales que caen en cascada por todos los rincones, sus tonos vibrantes contrastan maravillosamente con las luces suaves y tenues que crean un ambiente íntimo. Sólo puedo suponer que mi padre está pagando cinco cifras por este grandioso aunque maldito evento, un pensamiento que despierta en mí una mezcla de gratitud y temor.

La mayor parte del espacio permanece vacía, una tranquila preparación para la ceremonia que se celebrará mañana. Sin embargo, frente a las imponentes puertas dobles que conducen al recinto exterior hay tres mesas. Una es una mesa principal para dos personas, elegantemente dispuesta para Antonio y para mí, mientras que las otras dos mesas están dispuestas perpendicularmente, listas para acomodar a los demás miembros del cortejo nupcial. Cada mesa está cubierta con un mantel azul marino, adornado con más de esas exquisitas flores, y pequeñas candelitas parpadean suavemente, proyectando un cálido resplandor que realza el ya de por sí íntimo ambiente. Cerca de allí, la gente se reúne en las mesas de cóctel, riendo a carcajadas mientras entablan una conversación desenfadada, hablando de Dios sabe qué, con sus espíritus despreocupados en marcado contraste con mi propia agitación interna.

«Mira quién ha llegado por fin». Benedetto es el primero en vernos, su voz corta la charla como un cuchillo. Se separa del grupo y atrae su atención hacia nosotros con paso seguro. «Ese vestido es un poco exagerado, ¿no crees? comenta Ben, con un tono juguetón y una pizca de sinceridad mientras me rodea con sus brazos en un abrazo familiar. «Guarda algo de misterio para la noche de bodas».

El escote del vestido es muy bajo, un corte atrevido que podría pasar fácilmente a lo obsceno si tuviera más escote que mostrar. Me acerco más y le susurro al oído con una sonrisa: «Creo que mi prometido ha visto un cuerpo de mujer». La verdad es que ha visto la mayor parte de mi cuerpo, y la idea me estremece, mezclada con una pizca de desafío a las expectativas que se arremolinan a nuestro alrededor como las flores que adornan este fastuoso escenario.

«Estás especialmente guapo esta noche, Benedetto», interviene Carina, con una sonrisa radiante y cálida que ilumina la habitación que nos rodea.

Mi hermano me suelta de su abrazo y dirige su atención a mi mejor amiga. «Cara mia», la saluda en un italiano suave, con voz llena de admiración, “eres impresionante”.

Un destello de celos se agita en mi interior al observar su conexión. Ben mira a Carina con una

profundidad de afecto que siempre había deseado recibir de un hombre. La mira como yo había soñado que alguien me miraría a mí: lleno de calidez y adoración. Johnston, en cambio, parecía más interesado en definirme a través de la lente de sus retorcidos deseos. Le encantaba humillarme de forma que me sintiera expuesta y degradada. Antonio, en cambio, me mira con una intensidad depredadora, como si yo fuera Caperucita Roja y él el Lobo Feroz, a punto de abalanzarse sobre mí. Cada vez que nuestros ojos se cruzan, puedo sentir que me consumiría en cuerpo y alma.

Ahora, de pie en medio del animado ambiente, no es diferente. Me divisa desde la barra y veo cómo sus pupilas se dilatan, oscureciéndose de deseo. Esos ojos lujuriosos recorren mi figura con un hambre que me produce escalofríos. Veo cómo separa los labios y, aunque no puedo oírle, le veo decir unas palabras a su acompañante antes de empezar a caminar hacia mí con decisión.

El amor que Benedetto y Carina comparten es sin duda envidiable, un vínculo forjado en el fuego del respeto y el afecto mutuos. Sin embargo, el fervor que se enciende en la mirada de Antonio cuando me ve es una fuerza de la naturaleza, incomparable y embriagadora. En este momento, me encuentro contemplando la caprichosa noción de ser apreciada, preguntándome si podría dejarla de lado si eso significara que mi prometido siempre me miraría con esa clase de cruda pasión.

«Precioso», la sonrisa de suficiencia vuelve a sus labios, irradiando una sensación de triunfo, “empezaba a pensar que te había asustado”.

Ben resopla audiblemente, un rico sonido de diversión que llena el aire. «Pense que si alguien se asustaría, serías tú, Bianchi. Es una viuda negra, ¿sabes?», dice con un guiño juguetón, disfrutando claramente de la broma.

Lo miro horrorizada, con el corazón acelerado por la audacia de sus palabras. Una cosa es que la gente murmure ese tipo de bromas a mis espaldas, una burla cruel que acecha en las sombras de mi reputación, pero nunca pensé que mi hermano la lanzaría tan descaradamente a los pies de Antonio, como si no fuera más que un comentario casual.

Antonio, sin embargo, no se inmuta ante la insinuación. Me coge la mano con un apretón firme pero suave, llevándosela a los labios con una intimidad que parece ahogar las risas que resuenan a nuestro alrededor. Ni siquiera se molesta en mirar a Benedetto y me mira a los ojos con una intensidad que me produce escalofríos. «Soy más valiente de lo que parezco, Andretti». Las palabras no pronunciadas flotan en el aire entre nosotros: No tengo miedo de Gabriella Scott, puedo controlarla.

Leo la inquebrantable confianza grabada en su rostro como un desafío, encendiendo una chispa de picardía en mi interior. No debería jugar con mi marido, después de todo, tiene una reputación que mantener y ya me ha puesto en mi lugar una vez, un severo recordatorio de los límites entre nosotros. Pero soy testaruda, y todo el mundo lo sabe. Tal vez sea hora de que Antonio lo descubra de una forma que no deje lugar a dudas.

ANTONIO

Sé lo que hace; no estoy ciego a su juego.

En cuanto terminó la cena, Gabriella no tardó en hacer su ronda, acercándose a todos los hombres de mi cortejo nupcial con una gracia calculada. Se ríe de sus chistes, su risa melódica suena como música, y los toca en cuanto tiene ocasión, sus dedos se detienen un momento de más en sus brazos y hombros. Mentiría si dijera que esa visión no despertó algo primitivo en mí, encendiendo un calor que recorrió mis venas.

«Tu novia es otra cosa», comenta Rafael, de pie a mi lado en una mesa de cóctel, con la mirada fija en la pista de baile, donde Gabriella baila sin esfuerzo con Costantino. «Trabaja en la sala como si recibiera propinas, ¿verdad? Sería una chaperona fantástica si la pusieras en uno de tus clubes de striptease. Quizá el...», se interrumpe de repente, captando la mirada de advertencia grabada en mi cara.

«No hables así de ella», le advierto, mientras bebo un sorbo lento de brandy de mi copa con hielo, cuyo líquido ámbar gira con una intensidad acorde con mi estado de ánimo. Puede que Rafael sea mi hermano, pero eso no significa que no le dé un puñetazo si hace falta. «Sólo intenta ponerme celoso».

Rafael frunce el ceño mientras asimila mis palabras. «¿Y vas a quedarte aquí sin hacer nada?». Su voz tiene un deje de incredulidad, como si no pudiera entender mi inacción ante un flirteo tan descarado.

He tenido que reprimir todos los instintos que me gritaban: 'Follároslo en la pista de baile para demostrar a todos que es mía'. Siempre he sido protector con mis posesiones, me aferro a ellas con una intensidad feroz, pero con Gabriella, lo que está en juego es totalmente distinto. No es sólo un momento fugaz o una distracción temporal; es alguien que realmente me importa. Miro a Rafael y, exasperada, le pregunto: «¿Qué debo hacer, Rafe? ¿Quieres que arme un escándalo? ¿Hacer una escena antes del día de mi boda?»

«Sí, la verdad es que sí. Si yo tuviera una mujer, jamás dejaría que otro hombre la tocara», replica Rafael, con las fosas nasales encendidas mientras endereza la postura, evidente la tensión en su cuerpo. «Mi mujer nunca me faltaría así al respeto. Si se atreviera a intentarlo, la arrodillaría allí mismo, delante de Dios y de todos, sin pensármelo dos veces».

Rafael encarna el sentido de la disciplina de nuestro padre y su comprensión innata de las mujeres. Mientras yo elaboro estrategias para la guerra y navego por las complejidades del

conflicto, Rafael parece manejar a un grupo de chicas con un encanto sin esfuerzo, sin sudar ni una gota. «A su debido tiempo, hermano», le digo, intentando tranquilizarle a él pero también a mí mismo. «Además, está bailando con la familia, y eso cuenta, ¿no?».

Pone los ojos en blanco, con la exasperación marcada en sus facciones, y da un largo sorbo a su bebida, con el hielo tintineando contra el vaso. «Si te viera cogiéndote con los ojos a mi prometida en la pista de baile, te noquearía. Me da igual que seas mi hermano, mi primo o mi puto padre». Costantino la mira como si fuera un trozo de carne, y no puedo quedarme de brazos cruzados. Si no haces algo ahora, va a pensar que está bien para el resto de su vida».

Una oleada de calor sube dentro de mí, mi sangre empieza a hervir mientras proceso las palabras de Rafael. Sé que me está afectando, tocando teclas que preferiría no tocar. Preferiría quedarme aquí y registrar meticulosamente cada vez que Gabriella pestañea a un miembro de mi familia, catalogando cada flirteo como un halcón rodea a su presa. Pero a instancias de mi hermano, empiezo a acercarme a ella a regañadientes, con el peso de sus expectativas sobre mis hombros.

A medida que me acerco, oigo la voz detestable de Costantino que se cuela entre la música y me pone de los nervios. Gabriella le sonríe, con una risa alegre y despreocupada, pero me doy cuenta en cuanto me ve. Mi corazón se acelera, una mezcla de instinto protector y deseo de reclamar lo que es mío por derecho. «¿Puedo interrumpir?» pregunto con voz firme mientras le doy un golpecito en el hombro a mi primo, sin dejar que se filtre ninguna incertidumbre.

Costantino se separa amablemente de mi futura esposa, con una sonrisa en los labios. Le hace una pequeña reverencia, un remedo de caballerosidad, y le dedica una sonrisa secreta destinada sólo a ella. «Tu prometido es maravilloso, Antonio. Has sido bendecido de verdad», dice, con palabras cargadas de insinceridad, como si disfrutara demasiado del momento.

Apuesto a que sí. Gabriella Scott, de cuerpo firme y duro, guarda una docena de secretos envueltos en su vestido de satén, secretos que brillan como joyas bajo la suave tela. Con una sonrisa de suficiencia y un aire de confianza inquebrantable, se acerca y me tiende la mano, una invitación silenciosa que me estremece. «No montes una escena, amore», me advierte con voz grave y sensual, “no tan cerca de nuestra boda”.

Le rodeo la cintura con el brazo y la atraigo hacia mí con una urgencia posesiva. Sus exuberantes curvas despiertan en mí sentimientos que no puedo expresar con palabras, una tumultuosa mezcla de deseo y admiración. «En el Jardín del Edén, fue Eva quien tentó a Adán para que pecara. Ten cuidado con lo que haces, Gabriella, no sea que caiga en la tentación de matar a un hombre por ti», murmuro, con la mirada clavada en la suya, retándola a que me desafíe.

Su risa tintinea en la habitación, brillante y sonora, pero puedo percibir la teatralidad subyacente; todo es para aparentar. «Promesas, promesas, Antonio», bromea, sus ojos bailan con picardía, como si disfrutara de la emoción de nuestro intercambio.

La polla se me pone dura bajo el traje, una manifestación física de mi creciente deseo. Mi padre pensaba que sería una mujer apagada, golpeada por el dolor tras perder a su primer marido, pero la verdad es bien distinta. Está claro que Gabriella está hecha para ser mía. Es aguda e inteligente, una verdadera maestra que toca a los hombres como si fueran violines, cada uno de sus movimientos es deliberado y cautivador. Es el desafío que he buscado toda mi vida, una tempestad que temo y deseo a la vez. «Creo que estoy enamorado de ti», confieso, las palabras se escapan de mis labios y revelan la profundidad de mis emociones.

La sonrisa de su rostro se tambalea, una sutil grieta en su serena fachada. Gabriella detiene bruscamente sus movimientos al compás de la música, y siento que es arrastrada por el suelo, como si estuviera atada a mí por una cuerda invisible, obligada a seguirme. «Si intentas desarmarme, no lo conseguirás», declara en voz baja y firme, con un deje de desafío.

No puedo evitar pensar que funciona a la perfección. La guío al ritmo, sintiendo sólo un leve parpadeo de resistencia en su cuerpo. «¿Por qué iba a intentar desarmarte, Gabriella? La mera idea de que me dispaes por la espalda mientras me alejo es precisamente lo que me mantiene duro». Con un movimiento deliberado, inclino las caderas hacia delante, asegurándome de que sienta la inconfundible presión de mi erección contra su muslo, un recordatorio tangible de la tensión que hierve a fuego lento entre nosotros.

«Eres repugnante», alcanza a decir, aunque su voz carece de la convicción que cabría esperar de semejante declaración.

Las ganas de desnudarla y demostrarle lo repugnante que soy se apoderan de mí, casi por encima de mi buen juicio. No se apresuraría tanto a usar esa palabra si la tuviera completamente a mi merced, enterrada en lo más profundo de su ser. «Quiero que grites esas palabras mañana por la noche cuando te folle hasta dejarte sin actitud», prometo, con voz baja y seductora.

Ahí es donde me doy cuenta de que he cruzado la línea. Gabriella se aparta de mí con una mirada penetrante y llena de indignación. Abre la boca, dispuesta a soltar un torrente de palabras, pero entonces vacila y mira a la multitud. Aunque algunos invitados se han alejado, la mayoría de los asistentes a la boda siguen enfrascados en su jolgorio: bailando con sus parejas, riendo con las copas en el bar o sentados en pequeños grupos, compartiendo anécdotas de la vida. «Estás enfermo», sisea Gabriella, con una voz que apenas supera el susurro, pero llena de una tensión explosiva que flota en el aire entre nosotros.

Me inclino hacia ella, con una pequeña sonrisa en los labios, aunque noto la tensión en el aire. «Puede que sea cierto, preciosa, pero te garantizo que sólo tardarás unos días en engancharte a mi depravación. Ya verás».

«Si no me contagio antes», responde ella, sus ojos entrecerrados brillan con desconfianza. «Sé que te has acostado con la mitad de las mujeres de Las Vegas. Después de casarnos, apuesto a que volverás a por la otra mitad, sólo para mantener las cosas interesantes».

Cubro rápidamente la distancia entre Gabriella y yo, asegurándome de llevar una fina capa de felicidad cuando la miro, aunque mi corazón se acelere. «Nunca profanaría mis votos matrimoniales, Gabriella. Lo que he hecho antes, con quienquiera que lo haya hecho, pertenece al pasado. Tú eres mi futuro; lo serás todo para mí a partir de este momento. Ese es mi juramento y pienso cumplirlo».

La expresión de Gabriella cambia, un parpadeo de incomodidad cruza su rostro mientras procesa mis palabras. «Eres una Bianchi. Tu padre deja a tu madre prácticamente cada dos fines de semana. No me debes nada. Tienes un historial de abusos. Eres el dueño de...»

«...de varios clubes de striptease y antros más sórdidos donde puedes conseguir lo que quieras por 20 dólares. No tengo una reputación brillante», admito, con la mandíbula apretada delatando mi irritación. «Pero eres mi compañera para el resto de mi vida. No soy mi padre. Respeto a las mujeres de mi vida, y eso te incluye a ti».

Es un concepto difícil de entender para ella. En nuestro estilo de vida, demasiados hombres se permiten tomar amante tras amante, dejando que sus votos se desvanezcan en el olvido. La monogamia es un ideal americano que ninguno de nosotros parece tomarse en serio, salvo las esposas que se aferran a él con desesperada esperanza. Puede que me haya acostado con una cabalgata de turistas y lugareños, pero ese capítulo de mi vida está cerrado. Mi sol saldrá y se pondrá con Gabriella Andretti-Scott, y me dedicaré a ella por completo.

«Creo que tengo que irme», susurra, con una mirada de confusión profundamente grabada en sus rasgos, esos expresivos ojos llenos de incertidumbre.

Cojo su mano, la rodeo suavemente con los dedos y me la llevo a los labios una vez más, saboreando el calor de su piel contra la mía. «Te veré mañana, preciosa. Estoy deseando pasar el resto de mi vida contigo», le prometo, con la esperanza de que mis palabras calmen su agitación interior.

Gabriella frunce el ceño mientras asimila mis palabras tranquilizadoras y se separa de mí. Huye de la habitación a paso ligero, con el lujoso satén rojo de su vestido arrastrándose tras ella como la cola de un cometa, captando mi atención incluso mientras se aleja.

«Tenemos un problema», dice Enzo, acercándose a mí en silencio por detrás, su presencia es un repentino recordatorio del mundo que hay fuera de mi burbuja de emociones. Me pone una mano en el hombro y me tranquiliza con su tacto familiar. «Los hermanos O'Reilly quieren sentarse conmigo. Esta noche».

Miro el reloj; las manecillas se acercan a las nueve, la hora se aproxima a una confrontación inevitable. «¿Crees que la llamarán la Viuda Negra si muero antes de casarnos?». bromeo, con una risa incómoda que se escapa de mis labios, impregnada de humor negro.

Enzo frunce los labios y niega con la cabeza, resuelto. «Nos aseguraremos de que estés protegida. Ahora mismo no se atreverían a intentar nada. Saben que se enfrentarían a la ira de las familias Bianchi y Andretti. Casados o no, su familia tiene una deuda con nosotros, una que sería tonto ignorar».

Los hermanos O'Reilly llevan persiguiéndome desde que tenía quince años, su implacable persecución es una sombra que se cierne sobre cada uno de mis pasos. Supongo que si alguna vez hubo un momento para cogerme desprevenido, sería esta noche, con las probabilidades en mi contra de una forma que parece casi palpable. «Prepáralo para las once en Herbs & Rye», digo, con voz firme a pesar del pavor que se me revuelve en el estómago. «Quiero que esto sea público. Si van a hacer su jugada esta noche, quiero que haya testigos, gente que pueda contar lo que pasó de verdad».

«Estarás bien, Antonio», me tranquiliza Enzo, su tono inquebrantable, pero puedo ver la tensión en su postura, la forma en que su mandíbula se tensa al considerar los riesgos.

Puede que esté bien, pero no voy a correr ningún riesgo. No con mi vida pendiendo de un hilo, no con los O'Reilly acechando en las sombras, listos para atacar.

GABRIELLA

El día que me casé con Johnston Scott fue uno de los peores días de mi vida, un día que nunca olvidaré por todas las razones equivocadas. Se presentó en el altar despeinado, borracho y sudoroso, con el inconfundible aroma del alcohol pegado a él como una segunda piel. Con veinte años más que yo, comprendía perfectamente que esperara ciertas cosas de mí en el dormitorio, pero yo seguía siendo virgen y no estaba preparada para lo que me esperaba. Nuestra primera vez juntos ocurrió horas más tarde, envueltos en una incómoda intimidad, con los guardias de pie junto a la puerta, incapaces de resistir la tentación de echar furtivas miradas a lo que ocurría dentro. En su estado de embriaguez, Johnston se olvidó de cerrar la puerta de la suite nupcial, y tres hombres con pechos de barril trataron torpemente de protegernos discretamente de las miradas indiscretas de los curiosos.

Nuestro matrimonio fue difícil desde el principio, empañado por malentendidos y expectativas insatisfechas. Johnston nunca pudo comprender por qué no sentía un deseo instantáneo por él cada vez que entraba en la habitación. «Soy rico, Gabriella. Soy el cabrón más rico de Nevada», declaraba, con su arrogancia palpable mientras se enterraba dentro de mí. Algunos días, la conexión física era agradable, un escape fugaz de la realidad de nuestra situación, mientras que otros se convertía en un tedioso juego de espera. ¿Cuánto tardaría en correrse? ¿Cuánto tardaría en tener un bebé? ¿Cuánto tiempo estaría atrapada en esta unión, sintiendo el peso de mis decisiones oprimiéndome el pecho?

En público, era el perfecto caballero, encantador y afable, al menos hasta que el alcohol empezaba a fluir. Me vestía con vestidos lujosos y caros, combinados con zapatos de diseño que me apretaban los pies. Incluso tenía un peluquero y maquillador personal de guardia, listo para transformarme en la imagen de su perfecta mujercita en un momento. Llevaba bien la fachada, pero en el fondo me sentía como una marioneta, movida por los caprichos de un hombre que nunca podría verme de verdad.

Entonces las puertas de la limusina se cerraban tras nosotros con un fuerte golpe, aislándonos del mundo exterior. Johnston soltó una perorata, maldiciendo con vehemencia a los fotógrafos que se agolpaban como buitres, fotografiando cada uno de sus movimientos. «Ni siquiera intentan sacar mi lado bueno», se lamentaba con voz irritada. «Es como si estuvieran empeñados en pillarme comiendo en todas las fotos para que parezca idiota». Yo intentaba razonar con él, recordándole que era sólo comer, una parte normal de la vida. Al fin y al cabo, todo el mundo come, ¿no? «Entonces, ¿por qué no te sacan fotos devorando un cruasán cada mañana? Si no dejas de comer tantos carbohidratos, acabarás pareciéndote a tu gorda madre». Mis palabras

flotaban en el aire, teñidas de la amargura de la verdad.

Johnston Scott era innegablemente rico, un hecho que impregnaba todos los aspectos de nuestras vidas. También era muy consciente de las consecuencias de casarse conmigo. Canalizaba dinero hacia mis padres en Las Vegas, un generoso flujo que ellos utilizaban para cualquier capricho que tuvieran. Podrían haber pedido fácilmente el doble de la cantidad mensual, y Johnston, en su ilimitada opulencia, nunca habría notado la diferencia. Sin embargo, sus aventuras ilegales le proporcionaban un arsenal de munición para esgrimir contra mí, un recordatorio constante de las cuestionables decisiones de mi familia.

«Si no fuera por mí», alardeaba Johnston con voz arrogante mientras me inclinaba sobre la fría e implacable encimera de la cocina, »estarías casada con un italiano de mierda que nunca podría mantenerte. Llevarías ropa de Target y te pasearías por el Strip buscando un cliente». Las palabras eran una forma retorcida de juego previo, y podía sentir su emoción al degradarme, la forma en que parecía ponerse más duro mientras hablaba, deleitándose en el poder que tenía sobre mí. Para él era un juego en el que yo era tanto el peón como el premio.

Intenté ser una buena esposa, poniendo todo mi corazón en cada esfuerzo. Pedí consejo a mis amigas, ansiosa por aprender lo que hacía falta para complacer de verdad a un hombre. Compartían consejos sobre cómo acariciarle hasta que llorara de lujuria, y sus susurros estaban llenos de secretos de la intimidad. Practiqué la técnica perfecta para llevármelo a la boca, saboreando cómo explotaba de deseo. Incluso me senté a horcajadas sobre él en el sofá, cabalgándolo con desenfreno hasta que ambos sentimos que el éxtasis nos inundaba. Pero a pesar de todo, no era suficiente.

Johnston Scott era rico, y con su riqueza llegó un sentido de derecho que se filtró en todos los aspectos de su vida. Él creía que el mundo era su patio de recreo, y trataba a las mujeres como productos desechables, comprándolas de la misma manera que algunas personas podrían comprar comestibles. Las tomaba en todas las superficies de la casa -la encimera de la cocina, el sofá de felpa, el lujoso dormitorio- estuviera yo en casa o no. Si percibía mi descontento, se limitaba a alejarlos, para volver a centrar su atención en mí con una sonrisa burlona. «Te gusta esta polla, ¿verdad?», se burlaba con voz condescendiente. «Te gustaría que fuera toda tuya, ¿eh? Pero no soy hombre de una sola mujer, Gabriella. Necesito coños».

No era el hecho de que se acostara con otras mujeres lo que me atormentaba, sino la dolorosa constatación de que seguía sintiendo la necesidad de acostarse conmigo. Las trataba con un respeto que me era ajeno, mientras que a mí me trataba con palabras duras y una fría indiferencia. Johnston las había comprado para una noche fugaz de placer, pero a mí me había comprado para el resto de nuestras vidas, atándome de una forma que parecía más una maldición que un compromiso.

Lamentablemente, el resto de su vida no duró mucho. Borracho y listo para la lucha, Johnston siguió su propio camino temerario, plagado de caos y autodestrucción. Podría haber vivido otros cuarenta años si no hubiera intentado rociar su carga sobre mis tetas sólo diez minutos antes de irnos a una gala de recaudación de fondos de alto nivel. «Quiero que esta noche me sientas bajo el vestido», se rió, con una sonrisa retorcida en la cara mientras se sacudía la polla, y la arrogancia de su voz me erizó la piel. «Quiero que pienses en lo que voy a hacerte cuando volvamos a casa».

Sentí que la bilis se me subía a la garganta, pero antes de que pudiera responder, llegó la salvación en forma de su ayudante, una mujer mayor con una actitud muy seria que llamó a la puerta de nuestro dormitorio justo antes de que llegara a su punto álgido. Anunció que la limusina había llegado pronto y su voz cortó la tensión como un cuchillo. Johnston quedó fuera de juego, su bravuconería se tambaleó mientras se metía la polla en el pantalón del traje, la rabia hirviendo a fuego lento bajo la superficie mientras se marchaba enfadado a recogerse.

Cuando llegamos a casa aquella noche, el plan empezó a formularse en mi mente antes de que pudiera detenerlo, un susurro oscuro que me instaba a seguir adelante. Johnston se iba a la cama, felizmente inconsciente de mis intenciones, y yo me iba a un after-hours con unos amigos de la gala, una oportunidad para escapar de la sofocante realidad de mi vida. Mientras me cambiaba de vestido, él se desmayó, completamente ajeno a la tormenta que se estaba gestando en mi corazón. Pedí la limusina, con las manos firmes, y procedí a matarlo mientras esperaba, con la fría resolución inundándome como una ola. No pasé semanas meditándolo; simplemente lo hice, la decisión se tomó en un instante que me pareció toda una vida. Luego me marché y me adentré en la noche, donde pasé horas bebiendo y riendo más fuerte que en meses, con el peso de mis actos suspendido en el aire. El periódico informaría de que yo había estado en la fiesta cuando Johnston Scott murió, pero no sabrían la verdad de lo que realmente ocurrió a puerta cerrada.

Mi matrimonio había terminado tan rápido como había empezado, un momento fugaz que parecía más una broma cruel que un compromiso duradero. Volví a Las Vegas con mi familia, con un pequeño estipendio en la mano, según lo decretado en nuestro acuerdo prenupcial, que me pareció un frío premio de consolación después de todo lo que había ocurrido. Las preguntas se sucedían sin cesar, como buitres rondando un cadáver fresco, cada una de ellas indagando si yo había tenido algo que ver con el prematuro fallecimiento de mi difunto marido. En respuesta, me puse la máscara de la viuda, apesadumbrada, con los ojos humedecidos por una falsa tristeza. Pero los susurros del lado más oscuro de Johnston empezaron a filtrarse en el aire como un gas nocivo. Imaginé que una de sus prostitutas a sueldo, envalentonada por sus propias motivaciones, había dado la cara, o tal vez alguien con una vívida imaginación había dado en el clavo sin darse cuenta de las implicaciones de sus palabras. En cualquier caso, los rumores se dispararon, subiendo de tono con cada versión.

Los tabloides me tacharon de Viuda Negra, un título que se aferró a mí como una sombra. Mis amigas, en un alarde de lealtad, juraron que nunca creerían esos chismes vergonzosos, con voz resuelta pero mirando de reojo. Pero les sorprendí cuchicheando a mis espaldas, sus conversaciones se apagaban cuando me acercaba y sus bocas se cerraban con un chasquido culpable. Era mucho más emocionante especular con que yo había matado a mi marido que estar a mi lado mientras luchaba por recuperar mi equilibrio en un mundo que se había vuelto del revés. Los perdoné, sabiendo que en el fondo tenían razón; lo había hecho y, si me dieran la oportunidad, lo volvería a hacer sin pensármelo dos veces.

Lo que no había previsto era que, al enviudar joven, mis padres se encargarían de buscarme un nuevo marido, como si yo fuera una preciada posesión que había que realojar. Antonio Bianchi sólo tenía quince años más que yo, no los veinte que yo esperaba. Su familia era adinerada y su riqueza se basaba en bienes dudosos, como la de Johnston. Los rumores de las infidelidades de su padre flotaban en el aire, y los susurros sobre la promiscuidad del propio Antonio -que podía acostarse con cualquier cosa con una falda- dibujaban en mi mente una imagen que me resultaba demasiado familiar. En muchos sentidos, parecía Johnston Scott reencarnado, un doppelgänger

de mis errores pasados.

Hasta que dejó de serlo.

Antonio me lamía el coño como un niño pequeño saboreando un helado en un caluroso día de verano, su entusiasmo inocente pero ferviente. En lugar de degradarme, hizo que me corriera, deshaciendo la tensión que se había enroscado fuertemente en mi interior. Su castigo por mis acciones pasadas no fue menospreciarme, sino elevar mis sentidos, hacerme sentir más de lo que jamás creí posible. Y cuanto más me sumergía en esas sensaciones, más fuerte crecía mi deseo de estar cerca de él, de perderme en el calor que me ofrecía.

Juré amarme como ningún hombre se había atrevido a amarme antes. Habló con una convicción que resonó en lo más profundo de mi corazón, prometiendo que nunca me maltrataría ni me haría cuestionar mi valía. Declaró, con una sinceridad que amenazaba con traspasar mi exterior vigilante, que sería un marido mejor de lo que una Viuda Negra como yo podría llegar a merecer.

Mientras miro por la ventana de la casa de mi padre, contemplando las estrellas esparcidas por el aterciopelado cielo nocturno, me pregunto si sería ingenua al desear que Antonio fuera diferente de los hombres de mi pasado. ¿Sería vergonzoso albergar la esperanza de que, si no lo es, desaparezca de mi vida antes de que tenga la oportunidad de enfrentarme a esa dolorosa verdad?

Mañana voy a casarme por segunda vez con un hombre cuya reputación refleja la de mi primer marido, envuelta en susurros y sombras. Sin embargo, esta vez todo es muy distinto. Tal vez, sólo tal vez, no seré la causa de la muerte de un hombre, no cargaré con el peso de matar a quien juro estar a mi lado tanto en la alegría como en la tristeza.

ANTONIO

Los hermanos O'Reilly se sientan despreocupadamente en un reservado, mientras su imponente equipo de seguridad se relaja en la barra, en marcado contraste con la tensión que flota en el aire. En la penumbra del restaurante, sus sonrisas brillan como el aceite sobre el agua, cautivadoras e inquietantes a la vez. No puedo evitar la inquietud que me recorre la espalda; hay algo raro en esta reunión.

Connor es el primero en levantarse, con movimientos fluidos y atractivos, y abre los brazos para abrazarme. «Te vas a casar, colega», exclama con entusiasmo.

Su felicitación me sabe a dulzura artificial y me esfuerzo por mantener una expresión neutra, obligándome a no hacer una mueca al ver sus brazos extendidos. Los gemelos tienen ahora cuarenta años, sólo tres más que yo, y sin embargo llevan mucho tiempo conspirando para verme muerto y enterrado. ¿Qué podría motivarles a abrazarme ahora? «Gracias. ¿Puedo ayudarles, caballeros? Estaba en mi cena de ensayo cuando recibí su citación», respondo, intentando mantener un tono firme y carente de suspicacia.

Oliver, recostado en la lujosa butaca, palmea el asiento de cuero a su lado y me hace un gesto para que lo acompañe. «No muerdo, Enzo. A no ser que te gusten esas cosas», bromea con un guiño pícaro, con un toque juguetón en sus palabras. Los rumores sobre Oliver han corrido como la pólvora por los bajos fondos, cada uno más escandaloso que el anterior. He oído rumores de que es gay, pansexual y, en una historia particularmente extraña, que una vez tuvo un encuentro íntimo con un árbol.

Francamente, no me importa quién o qué le gusta; sólo quiero acabar con esto. «Repito, ¿puedo ayudarle?» Digo con voz firme pero con un toque de impaciencia. No obstante, tomo asiento y opto por el borde de la cabina, preparada para salir corriendo de un momento a otro en caso de que alguno de estos dos idiotas intente algo imprudente. El bar está modestamente poblado, con unos diez clientes repartidos por los alrededores, sirviendo sus bebidas o enfrascados en sus propias conversaciones en voz baja. Pero dada su reputación, no me extrañaría que alguno de los dos hiciera alguna trastada. Enzo está a mi lado, con las manos entrelazadas y una mirada amenazadora que sugiere que está deseando entrar en acción. Mis guardaespaldas están apostados delante y detrás de Herbs & Rye, siempre vigilantes. Si alguno de estos dos imbéciles piensa que esta noche es la noche para superarme, estará mirando la boca de una pistola antes de pestañear.

Connor se inclina hacia su hermano y le choca el hombro cariñosamente, con una sonrisa pícaro

dibujada en la cara. «¿Crees que deberíamos decírselo?», pregunta burlonamente, con una voz llena de picardía.

Oliver, con una sonrisa que podría iluminar la cabina poco iluminada, le devuelve el empujón a su hermano. «No lo sé, Con. ¿Crees que nos lo agradecerá? Sus bromas parecen un chiste interno, y no puedo evitar sentirme como un bicho raro, el objeto de sus burlas.

Pero lo único que quiero es irme a la cama. El peso del cansancio se cierne sobre mí y no tengo tiempo para sus payasadas, ni quiero participar en el jueguecito al que estén jugando. «Será mejor que alguien me diga por qué me habéis hecho venir antes de que me enfade», advierto, ahora con un tono más agudo. Los hermanos intercambian otra mirada juguetona, los ojos brillantes de picardía, antes de que uno de ellos suelte por fin la bomba: Brayden Flynn ha muerto.

Brayden Flynn ha sido enemigo mutuo de las familias O'Reilly y Bianchi desde el mismo momento en que puso un pie en nuestro territorio. Apareció en Las Vegas hace cuatro años y, con una audacia que nos dejó a todos atónitos, envió a sus hombres a apoderarse de nuestros negocios o a asaltarlos. Siempre les resultó más fácil optar por lo segundo, rompiendo unas cuantas rótulas por el camino en lugar de entablar la complicada danza de las negociaciones comerciales.

En honor a los O'Reilly, consiguieron sacar a Brayden de su escondite al menos una vez. Idearon un plan que consistía en ponerle delante a una adolescente como cebo y, efectivamente, salió de su escondite completamente erecto y dispuesto a pasarlo bien. Desafortunadamente, en lugar de consolidar una tregua que podría haber traído un poco de paz, llegaron a un acuerdo con Brayden, lo que le permitió escapar ileso. No consiguió a la chica, pero se fue con su vida; a veces eso es un premio mucho mayor. Sin embargo, desde entonces, ha seguido causando estragos, dejando un rastro de caos a su paso.

«Es nuestro regalo para ti», sonrío Oliver, con un brillo travieso en los ojos. «¡Felicidades por vuestra boda!»

Regalo, una mierda. Estos dos payasos seguramente intentarán echarme la culpa a mí, haciendo que parezca que de algún modo he orquestado este desastre. «Yo no pedí que Brayden Flynn muriera hoy», replico, con la voz llena de frustración.

Connor levanta un dedo para intervenir y su expresión se transforma en una mezcla de diversión e incredulidad. «Eso está bien, porque murió hace dos días. ¿Un desafortunado accidente con la cabeza y una mordaza? No recuerdo todos los detalles, pero fue espantoso. Tuve que tirar una de mis camisas favoritas; las manchas de sangre son un verdadero dolor de quitar, ¿sabes?».

Saco la cartera del bolsillo trasero y extraigo unos cuantos billetes arrugados, con el peso del momento presionándome. «Hazme un favor y cómprate una nueva. Es mi regalo. Ahora tengo que irme. No sé si te has enterado, pero mañana me caso. Es algo importante y tengo que estar allí para ultimar todo».

Oliver mira a su hermano con el ceño claramente fruncido, un atisbo de desaprobación ensombreciendo sus facciones. «Con, ¿dijimos que Enzo podía ir?».

Connor frunce los labios, contemplando las implicaciones de mi marcha, y luego empieza a

negar lentamente con la cabeza, con una sonrisa burlona asomándole por las comisuras de los labios. «No creo que lo hayamos hecho. Ni siquiera ha dado las gracias por nuestro regalo. ¿Qué clase de modales son esos?»

«Qué falta de respeto». El chasquido de la lengua de Oliver me revuelve las tripas, un sonido que enciende las ganas de cruzar la mesa y darle un puñetazo en su carita engreída. La tensión aumenta y siento que mi paciencia se agota.

«Escuchad, chicos, esto ha sido divertido. Por desgracia, tengo un montón de mierda de la que ocuparme esta noche. Estoy seguro de que lo sabes, Connor. Estás casado; entiendes el caos de las responsabilidades pre-boda». Voy a levantarme, pero los dos se vuelven rabiosos, sus expresiones pasan de juguetonas a depredadoras en un instante.

La cara de Connor se convierte en una máscara de ira, sus ojos se entrecierran mientras gruñe: «Siéntate de una puta vez, Enzo. Te hicimos un favor, así que ahora tú nos harás un favor a nosotros». El ultimátum flota en el aire, cargado de amenazas tácitas y tensión latente, y me doy cuenta de que quizá he subestimado hasta dónde están dispuestos a llegar estos dos.

«Por eso nunca debes aceptar regalos de boda; siempre esperan algo a cambio. Como si no tuviera bastante con mi futura esposa caprichosa. «Escuchad, chicos.» Me hundo de nuevo en mi asiento, adoptando una mirada que no admite discusiones. «Si quieren salir vivos de aquí, cierran la boca». Ciertamente, puede que tengan algo de fuerza en esta ciudad, pero sé que si las familias unieran sus fuerzas, los irlandeses americanos se encontrarían con el culo al aire en un santiamén.

«No te pedí que mataras a Brayden Flynn. Ciertamente no quiero que me sirvan su hinchada y fea cabeza en mi boda; sé que ese es exactamente el tipo de mierda retorcida que los O'Reilly harían. Y déjame ser claro: definitivamente no te debo un favor por esto. Si llego a oler que estás intentando culparme de este asesinato, no dudaré en contarle a un amigo policía lo de las strippers en el desierto. Así que será mejor que te largues de mi vista antes de que acabemos juntos entre rejas. No tendréis ningún apoyo en la cárcel, y os garantizo que me arriesgaré a una cadena perpetua si eso significa que puedo mataros a palos a los dos personalmente».

Ninguno de los dos muestra una pizca de miedo, pero puedo olerlo mezclado con el licor que se agita en sus copas. Es un aroma embriagador que normalmente prefiero teñido de sangre, el sabor metálico de la violencia perdurando en el aire, pero no me importa el rico aroma del bourbon que llena el espacio entre nosotros. «Que pasen buena noche, caballeros. Si vuelvo a saber de ustedes antes de que acabe mi luna de miel, acabaré con toda su maldita familia».

Esta vez, cuando me levanto de mi asiento, los hermanos O'Reilly no intentan detenerme. Me miran con miradas que podrían atravesar el acero, su silencio flota en el aire mientras mantienen la boca cerrada, dejando que sean sus ojos los que hablen.

«Sabes que esto no va a acabar bien -me advierte Enzo, con la voz baja y cargada de presentimiento, mientras caminamos hacia la entrada, poniendo deliberadamente distancia entre nosotros y los O'Reilly-.

Va a acabar en sangre. Tal vez la mía, tal vez la suya, y tal vez un poco de ambas. Sólo el tiempo dirá cómo se desarrolla este retorcido juego. «Deja que yo me preocupe de eso. ¿Qué es lo peor que podrían hacer?». Respondo, fingiendo indiferencia.

Podrían llevarse a mi novia, arrebátarmela de mi lado como un ladrón en la noche. Podrían matar a mi padre, borrando un legado con una sola bala. Podrían torturar a mi hermano, arrastrándolo por el infierno sólo para llegar a mí. Todo es posible; supongo que deberíamos empezar a prepararnos para cualquier eventualidad, prepararnos para la tormenta que seguramente se avecina.

GABRIELLA

«Si me caso por tercera vez, recuérdame que me fugue». Detesto los vestidos de novia. No importa lo mucho que me parezca a Cenicienta con mi falda voluminosa y mi corpiño ceñido; no puedo quitarme la sensación de ser un regalo envuelto, listo para ser entregado en el lecho conyugal de un hombre con el que aún no me siento segura.

Carina, siempre tan devota, insiste en que estoy preciosa con este atuendo. «Y esa ceremonia», dice con un entusiasmo incontrolable, “es increíblemente romántica”.

Pasé lo que me pareció una eternidad -treinta angustiosos minutos- mirando fijamente los ojos de Antonio mientras luchaba con mis pensamientos, cuestionándome si este matrimonio era realmente necesario. ¿Tendría el valor de excusarme y escapar? ¿Sería capaz de navegar por la vida de forma independiente, sin la red de seguridad de una pareja? Justo cuando estaba a punto de convencerme de que debía huir, el sacerdote interrumpió mi espiral de pensamientos, incitándome a dar el «sí, quiero» y, en ese mismo instante, nuestra unión quedó sellada. Antonio Bianchi se convirtió en mi marido y, una vez más, mi libertad se me escapó de las manos.

«Estoy segura de que tu boda será aún más grandiosa», tranquilizo a mi mejor amiga, intentando compartir su emoción. «Benedetto lleva el apellido, después de todo». Con los Bianchi y los Andretti ahora unidos, sólo puedo imaginar cómo se entretendrá mi nueva familia en el elaborado tapiz de sus celebraciones. Qué suerte tiene Benedetto Andretti.

En ese momento, un golpe seco retumba en la puerta del baño, pero Carina, siempre desafiante, responde con un golpe igual de fuerte. «¡Ocupado!», grita, con la voz teñida de fastidio.

Sin embargo, al otro lado de la puerta, oigo la inconfundible voz de Ben, cálida y familiar. «Cara mía, ¿está Gabriella ahí dentro contigo?».

Carina me mira con ojos suplicantes, su expresión es una mezcla de desesperación y esperanza. Me doy cuenta de que me pide que le confirme a Benedetto que sí, que estoy aquí con ella. Después de todo lo que le he hecho pasar por esta boda -llamadas nocturnas, interminables reuniones de planificación y colapsos emocionales- decido jugarla por ella. «Sí, Ben, estoy aquí. ¿Qué es lo que quieres? ¿No puede una chica ir al baño en paz?». Trato de inyectar un tono juguetón en mi voz, pero puedo sentir cómo crece la tensión.

Casi puedo oír a Benedetto poner los ojos en blanco al otro lado de la puerta. «Tu marido se está impacientando esperándote, Gabriella. Tenías que haber entrado en la recepción hace quince minutos». Su voz transmite una mezcla de preocupación y leve enfado, y puedo sentir la

creciente presión.

Debe de haber pasado media hora sin que nos diéramos cuenta. Bueno, son cosas que pasan. «Saldremos en un minuto», le aseguro, tratando de sonar despreocupada, aunque mi corazón se acelera al pensar en la recepción de fuera, las risas y el parloteo de los invitados que probablemente se preguntan dónde estamos.

En un susurro frenético, Carina se acerca, con voz apenas audible. «¿Cuál es el problema? Parece un buen tipo. No se parece en nada a Johnston». Sus ojos vuelven a la puerta, como si pudiera obligarle a entender nuestra difícil situación.

Pero eso es exactamente lo que me asusta. Aprendí a navegar por las tumultuosas aguas de la ira de mi difunto marido. Conocía las señales: su ceño fruncido, el tono de su voz que indicaba que se avecinaba una tormenta. Cuando se enfadaba conmigo, no había duda de que gritaba, lanzando insultos que calaban hondo. Y cuando bebía, era otro tipo de temor; me veía obligada a la depravación, sometiéndome a sus caprichos sólo para mantener la paz. Había dominado el arte de manejar a Johnston, desde el amanecer hasta medianoche, cada momento una lección de supervivencia. Sabía a qué atenerme y cómo prepararme para ello, y ahora, al enfrentarme a algo nuevo con Benedetto, me siento desorientada.

Pero no conozco a Antonio. No acabo de entender qué quiere realmente de mí ni cómo me tratará a largo plazo. Hasta ahora, nuestras interacciones se han limitado a tres momentos fugaces. En aquella inolvidable primera noche, fue el primer hombre que me la chupó, y entre aquellas olas eléctricas de placer que hacían que cada uno de mis sentidos cobrara vida, había algo desarmantemente amenazador en su intensidad. Anoche me paseó por la pista de baile, irradiando confianza mientras me susurraba promesas de un mundo lleno de posibilidades. Y hoy, delante de sus amigos y su familia, me ha jurado con inquebrantable convicción que me protegería y me amaría, sin importar los retos que me esperaran. Pero, ¿y si las puertas se cierran más tarde y él cumple de verdad esa promesa? Me he acostumbrado tanto a la naturaleza condescendiente de los hombres que me encuentro perdida, insegura de cómo desenvolverme ante la presencia de alguien que realmente parece preocuparse por mí.

Sin embargo, no tengo tanto miedo como para no arriesgarme.

Respiro hondo y me vuelvo hacia la puerta del baño, sintiendo una mezcla de anticipación y aprensión. Ahí fuera podría haber un hombre que me quiera u otro Johnston Scott, pero nunca lo sabré si permanezco escondida en este santuario. «De acuerdo, vamos», digo, preparándome para lo que me espera.

Carina abre la puerta del baño y sale, con una sonrisa que ilumina la penumbra. Benedetto se inclina, apretando sus cálidos labios contra su mejilla antes de mirarme con una mezcla de preocupación y afecto. «Tu marido empezaba a preocuparse de que le hubieras abandonado», comenta, con una pizca de juguetona urgencia en el tono.

Sonrío lo más alegremente que puedo, poniendo cara de valiente a pesar de los nervios que siento en el estómago. «Jamás haría algo así», juro, con voz firme aunque el corazón se me acelere. Se iría por el camino de Johnston antes de que yo saliera corriendo de este matrimonio como una ratita asustada, dejándolo todo atrás. «Llévame con mi marido, Ben».

Me guía por el pasillo, sus pasos seguros resuenan en el suelo pulido, girando y girando hasta

que llegamos a las grandes puertas que dan a la recepción. El ambiente se anima con risas y música más allá de esas imponentes barreras. «Ven, Carina», ordena, y con una inclinación de cabeza, los dos desaparecen entre la vibrante multitud, dejándome sola un momento.

Me quedo frente a Antonio, que se yergue ante mí con una sonrisa en los labios tan radiante como el traje hecho a medida que lleva, la tela abrazando perfectamente sus anchos hombros. «Me preocupas, preciosa», me dice con voz suave y atrayente.

«Nervios postboda», le digo con un aire de confianza que espero desesperadamente poder mantener. «Pero estoy lista para ser presentada». Enderezo la postura, dispuesta a abrazar la emoción de este momento.

Antonio cubre el espacio entre nosotros en un instante, cerrando la distancia con una atracción magnética. Se aprieta contra mí y siento que una mano me acaricia la espalda, provocándome un escalofrío mientras me atrae hacia él. El calor de su cuerpo me deja sin aliento y me cuesta concentrarme en otra cosa que no sean los latidos de mi corazón. «Dime de qué tienes miedo, Gabriella. Puedo oler el miedo aferrándose a ti como una segunda piel», murmura, sus ojos buscan los míos con una intensidad que me hace sentir expuesta.

Noto una gota de sudor entre mis pechos, y su calor me recuerda mi ansiedad. «No tengo miedo de nada», miento, forzando las palabras aunque mi interior se retuerza de incertidumbre.

Pero eso sólo hace que la sonrisa de Antonio se vuelva lobuna, con un brillo depredador iluminando su mirada. «Querida, no hace falta que me mientas. ¿Soy yo quien te asusta? ¿O es por lo que has pasado?». Sus palabras cortan el aire con una claridad escalofriante, y siento que me lee como un libro, cada página expuesta, cada secreto al descubierto... y lo odio.

Me aconsejo a mí misma que respire hondo, que inhale el aire relajante y calme mi corazón acelerado, pero no funciona. Cuanto más tiempo permanezco entre los brazos de Antonio, envuelta en su calor y mirándole fijamente a los ojos, más vulnerable me siento, como si pudiera ver a través de mi alma.

«Vamos, mia regina, dime de qué tienes miedo».

Mi reina. El término se desliza por su lengua con una suavidad sedosa, y me sorprende lo rápido que ha pasado de guapo a querido y a reina en cuestión de segundos. Aunque una parte de mí está nerviosa por haber desnudado mi corazón, su tono parece serio, casi suplicante. «Mi último marido no me pegaba, pero no me maltrataba menos», admito en voz baja, la confesión se escapa de mis labios como un frágil susurro. El suave sonido de la música instrumental zumba a través de la puerta, un suave telón de fondo para el peso de mi revelación, como si la propia melodía comprendiera la gravedad del momento.

Antonio me mira con mirada crítica, sus ojos penetran a través de la tenue luz de la habitación. Casi rehuyo la intensidad, sintiéndome expuesta y vulnerable ante él después de haber desnudado mi pasado. «Gabriella, nunca te hablaré mal. Nunca te pondré las manos encima si no es con amor. Nunca te maltrataré». Su ceño se frunce y se inclina para rozarme suavemente la frente con los labios, un gesto tierno que me tranquiliza y me enraíza. «Sé que no tienes motivos para creerme. He torturado y matado a hombres, y volveré a hacerlo si es necesario. Un día seré el jefe de la familia Bianchi, y actos aún peores se atribuirán a mi nombre, susurrados en las sombras de la ciudad. Pero si no te hago ninguna otra promesa, que sea ésta la que recuerdes. Te

cuidaré, te amaré y te trataré como a una reina todos los días hasta que muramos. Ahora eres la única persona o cosa importante en mi vida. Todo lo demás viene en segundo lugar, un eco lejano comparado con la vibrante realidad de lo que podríamos compartir».

Este es mi segundo matrimonio, pero algo en su promesa es como un bálsamo sobre las cicatrices del primero. Sé, en el fondo, que tiene el potencial de reemplazar los recuerdos que me atormentan, envolviéndolos en un manto de esperanza. «Gracias, Antonio». Esas son las únicas palabras que puedo pronunciar, una simple expresión de gratitud que me parece insuficiente para la profundidad de lo que me ofrece.

«Después de la recepción, te llevaré a casa y te demostraré que lo digo en serio», promete, con voz firme y sincera, insinuando un futuro en el que el amor triunfará sobre el dolor.

Tengo un vívido recuerdo de la semana pasada, tumbada sobre las suaves sábanas de la cama, completamente perdida en las sensaciones mientras me retuerzo bajo su tacto experto. Sus labios acarician mi clítoris con una ternura suave como la de una pluma, mientras sus dedos profundizan en mí, satisfaciendo esa necesidad que llevaba tiempo sin satisfacer. Si esto no es más que un anticipo de lo que está por venir, entonces Antonio es sin duda un hombre infinitamente mejor de lo que Johnston fue jamás. «Lo estoy deseando», susurro, con la voz apenas por encima de un suspiro.

Sus labios descienden sobre los míos en un abrazo más dulce que el que compartimos durante la ceremonia. No hay rastro de formalidad en la forma en que nuestros labios se entrelazan; en su lugar, hay una pasión innegable que se enciende entre nosotros. Me roza el labio inferior con los dientes, provocándome escalofríos, antes de separarse, con los ojos encendidos de deseo. «Gabriella Bianchi», dice Antonio, envolviendo mi nombre con un fuerte acento italiano, “suena bien”.

Siento que afloja el agarre y de repente está a mi lado, cogiéndome sólo de la mano, pero esa conexión es eléctrica. El calor de nuestros cuerpos se ve rápidamente sustituido por una brisa otoñal que entra por las ventanas abiertas y agita suavemente las cortinas. Me doy cuenta, con una punzada de añoranza, de que echo de menos la sólida presencia de su cuerpo contra el mío.

«¿Estás lista, mi amor?», me pregunta con una voz rica y melódica que me acelera el corazón.

Es la vez en mi vida que más preparada me he sentido para algo. Nuestra breve pero significativa conversación ha reavivado en mí un profundo sentimiento de esperanza y anticipación. Aprieto con fuerza su mano entre las mías, con el corazón henchido de emoción, y hago un gesto afirmativo con la cabeza.

Es hora de empezar nuestra vida juntos, de emprender el viaje con el corazón abierto y una confianza inquebrantable.

ANTONIO

La familia Bianchi trabaja duro y festeja más, un mantra que resuena durante toda la velada. El reloj avanza a toda velocidad hacia las diez de la noche, y cada segundo que pasa aumenta la expectación que se respira en el ambiente. Cada conversación que Gabriella y yo compartimos con otra persona hace que me recorran oleadas de energía nerviosa, encendiendo una sensación de urgencia que apenas puedo contener. Cada baile, en el que nos encontramos íntimamente apretados el uno contra el otro, no hace sino intensificar mi deseo, haciéndome dolorosamente consciente de mi anhelo. He dedicado meses a reservarme para esta mujer extraordinaria, y el momento que ambos esperábamos está a punto de llegar. Puedo sentirlo, la conexión entre nosotros, casi tan tangible como la cálida mano de Gabriella envolviendo la mía.

Después de nuestra íntima conversación en el pasillo en penumbra, me di cuenta de lo mucho que me queda por aprender sobre esta vibrante joven que ha cautivado mi corazón. No se trata simplemente de averiguar si prefiere el café solo y cargado o si disfruta de la emoción de la pasión en todas sus formas, dura o lenta. No, mi mujer necesita más que eso; anhela ternura y romanticismo entretejidos en el tejido de nuestra relación. Necesita que dedique tiempo a desvelar las verdades y secretos ocultos de su pasado, sobre todo los que rodean a su primer matrimonio. Está desesperada por que comprenda y aprenda de los errores de Johnston, para asegurarme de que forjemos juntos un camino diferente.

Nuestro futuro se extiende ante mí como una intrincada hoja de ruta, llena de posibilidades y promesas. Imagino uno o dos años de felicidad conyugal, seguidos de la feliz llegada de nuestro primer hijo, un manojo de risas y vida. Nos veo llegando a nuestro quinto aniversario, todavía peligrosamente enamorados, con la chispa entre nosotros intacta. Imagino su apoyo inquebrantable mientras me hago cargo del negocio familiar, su fe en mí brillando incluso los días que llego a casa cansado y empapado en sangre por las luchas del día. Sueño con ver crecer a nuestros hijos, con verlos empezar sus propias vidas, llenas de esperanzas y sueños propios. Con el tiempo, imagino que nos instalamos en nuestra casa, que encontramos consuelo en la tranquilidad una vez que han abandonado el nido, que atesoramos los recuerdos que hemos construido. Nos esperan mil momentos, cada uno de ellos un testimonio de nuestro amor, y todo empieza esta noche.

Rafael me hace un gesto discreto con la cabeza cuando el reloj marca las diez. Empieza a reunir a la gente y a guiarla hacia la entrada, donde el personal de Queensridge distribuye con entusiasmo burbujas, cada recipiente prometiendo una caprichosa despedida. He decidido que, en lugar de que me tiren arroz o de arriesgarme a que una bengala prenda fuego al vestido de mi novia, una

suave lluvia de burbujas sería la despedida perfecta, una celebración desenfadada de nuestro nuevo viaje juntos.

«Eres una novia preciosa», le digo a Gabriella mientras nos dirigimos a la salida, con el corazón henchido de orgullo y alegría. «Quiero recordar este día para siempre». Quiero aferrarme a los buenos y malos momentos, pero sobre todo a lo que vendrá después, a los capítulos que escribiremos juntos.

El paseo está lleno de caras sonrientes. Los padres que se han quedado hasta tan tarde con sus hijos hacen todo lo posible por someterlos, con una mezcla de risas y suaves reprimendas. Las burbujas flotan en el aire como pequeños orbes de alegría, y la multitud nos aclama mientras caminamos entre esta encantadora lluvia de amor y afecto que se nos echa encima. Los ojos de mi madre brillan con lágrimas, rebosantes de orgullo y un toque de nostalgia agri dulce. Mi padre se mantiene erguido, con una sonrisa orgullosa que se dibuja en su rostro mientras asimila el momento. Mi hermano, a pesar de su habitual actitud estoica, luce una sonrisa genuina, iluminando el ambiente con su inesperada calidez.

Echamos un último vistazo a la sala llena de caras conocidas: mi familia, mis amigos y los seres queridos de Gabriella. Todos parecen tan felices, tan genuinamente emocionados de que nos hayamos encontrado aquí, en este momento crucial de nuestras vidas. Matrimonio concertado o no, aquí es precisamente donde imaginé que me llevaría la vida, un hermoso comienzo forjado en circunstancias inesperadas.

Abro la puerta del Aston Martin que mi padre me regaló como obsequio de boda, cuyo elegante diseño resplandece a la luz del sol, y ayudo a Gabriella a entrar. Su vestido de novia es una impresionante cascada de tul y tela que apenas cabe en el lujoso coche y se desparrama elegantemente por el suelo, creando un hermoso desorden que parece encarnar la alegría del día.

Cuando me siento en el asiento del conductor y enciendo el motor, un rugido gutural llena el aire y siento la adrenalina recorriéndome mientras mi polla se endurece de anticipación. La potencia de la máquina, combinada con la impresionante belleza de mi novia sentada a mi lado, es más que suficiente para encender mi motor y acelerar mi corazón. «Vamos, preciosa», digo con la voz cargada de excitación.

Tengo que contenerme al máximo para mantener el control del coche mientras conduzco por la carretera. Me salto todas las señales de límite de velocidad y me salto los stop sin pensármelo dos veces. Mantener la velocidad por debajo de cien en la autopista parece una hazaña imposible, y las ganas de pisar más el acelerador casi me dominan. Milagrosamente, conseguimos llegar a casa sin chocar ni tener un encontronazo con la policía.

«Tu casa es preciosa», dice Gabriella, con voz llena de auténtica admiración, cuando entramos en el amplio garaje.

La casa se cierne ante nosotros, una monstruosidad de 1.500 metros cuadrados que mi padre insistió en que necesitaba, un símbolo de éxito que da una ilusión de riqueza y poder. «Quiero que este sea nuestro hogar, Gabriella», le respondo, con el corazón henchido de esperanza, mientras salimos del coche y entramos. Encendemos las luces de la espaciosa cocina y el resplandor ilumina el potencial que encierran estas paredes. «Si quieres cambiar algo, adelante. Haz de este lugar tu hogar». Las palabras flotan en el aire, una promesa de sueños compartidos y nuevos comienzos.

Lo mira todo con los ojos muy abiertos mientras la conduzco al dormitorio de la segunda planta. Es más del doble de grande que un dormitorio principal normal, con grandes ventanales que dejan entrar la luz natural y ofrecen una vista impresionante del paisaje circundante. Completo con armarios para él y para ella que parecen no tener fin, también cuenta con un cuarto de baño adjunto que es simplemente para morirse. Una lujosa bañera de hidromasaje de 60 pulgadas se encuentra elegantemente en la esquina, haciendo señas a cualquiera que entre con la promesa de relajación e indulgencia. La ducha, lo suficientemente espaciosa como para que quepa una familia de cinco miembros, cuenta con elegantes puertas de cristal y relucientes azulejos que brillan bajo la suave iluminación.

«Todo lo que toca la luz es tuyo», bromeo, pero hay una profunda verdad en mis palabras. Todo lo que me pertenece es suyo, y viceversa. Ella tendrá pleno acceso a mi fortuna, a mi casa y a mi corazón. Podrá tener todo lo que su corazón desee, y yo movería montañas para verla feliz.

Gabriella está de pie en el centro del dormitorio, su expresión se suaviza en una sonrisa sentimental que calienta mi propio corazón. «Me has abierto tu corazón y tu vida de una forma que no esperaba», dice con una voz teñida de asombro y gratitud. Mira hacia el suelo de madera pulida y se muerde ansiosamente el labio inferior mientras recapacita. «No sé cómo podré hacer por ti lo que tú has hecho por mí», admite, con una vulnerabilidad palpable en el aire que nos separa.

Me quito los zapatos, apenas se oye el suave golpe contra el suelo, antes de rodearla. Mis manos se dirigen a sus hombros, amasando los nudos que se han formado allí por el peso del mundo. Gabriella apoya la cabeza en mi pecho, su calor irradia contra mí, y le doy un suave beso en la coronilla. «Me he pasado toda la vida buscando a la mujer adecuada a la que amar y querer», le digo con voz baja y sincera. «Tengo suerte de haber tardado sólo treinta y siete años. Algunas personas pasan toda su vida sin encontrar nunca este tipo de felicidad».

Dejo que mis manos desciendan unos centímetros hasta la delicada cremallera de la espalda de su vestido y noto cómo se le entrecorta la respiración. Gabriella emite un suave gemido, un dulce sonido de rendición, cuando mis dedos acarician su piel. «Permítete sentir mis manos en tu piel. Deléitate con cada gramo de placer que te doy», susurro, con el corazón acelerado por la excitación. «Ésta es sólo la primera de miles de noches en las que te demostraré cuánto te quiero».

Con un suave tirón, el vestido cae al suelo y deja al descubierto la intrincada ropa interior de encaje blanco. El delicado tejido contrasta con su suave piel color oliva y acentúa su belleza de un modo que me deja sin aliento. Desabrocho los ojales de su sujetador, que se une al vestido desechado, y recorro con los dedos la pequeña hendidura hecha por el aro, maravillada por la forma en que su cuerpo responde a mi tacto.

Gabriella apoya su peso contra mí, con los ojos cerrados, perdida en las sensaciones que la inundan. Le rozo el pezón con el pulgar y noto cómo se agita bajo mi contacto, una prueba de su deseo. Tiene unos pechos perfectos, lo justo para que quepan entre mis manos, y no puedo evitar amasar uno con rudeza, mis dedos danzando sobre su suave piel, mientras mi mano libre baja hasta sus bragas, ansiosa por explorar más.

«Quiero que te desinhibas conmigo, Gabriella. Grita tan fuerte como quieras. Exige lo que quieras». Deslizo los dedos bajo la delicada tela de sus bragas, buscando su punto más sensible,

ese botoncito de placer. La respiración de Gabriella se entrecorta, un dulce sonido que enciende un fuego dentro de mí cuando por fin lo encuentro. «Eres mi reina, mi único amor».

El calor de mi dureza presiona insistentemente contra su culo, un recordatorio de los seis largos meses sin sexo que me han dejado anhelándola. Cada segundo de contención intensifica mi deseo y me dan ganas de penetrarla ahora mismo. Pero me obligo a quedarme, a seguir jugueteando con su clítoris, arrancando suaves gemidos de sus labios. Esta noche todo gira en torno a ella; tiene que entender que nuestro placer se entrelaza, una experiencia compartida de éxtasis.

«¿Sientes eso? Empujo contra su culo, acentuando mi necesidad. «Así de dura me pones. Estoy caliente por ti, Gabriella Bianchi». El mero hecho de pronunciar su nombre junto al mío hace que me recorra una oleada de deseo, casi suficiente para llevarme al límite.

La rodeo y le acaricio el clítoris, sintiendo cómo su cuerpo responde con avidez, empujando contra mí con el mismo fervor. Gabriella gime, un hermoso sonido que me indica que está cada vez más cerca del clímax. Percibo su calor húmedo, la humedad de sus bragas que aumenta a cada instante, testimonio de su excitación.

Cuando las olas de placer la inundan, Gabriella dobla la espalda, rindiéndose a las sensaciones. Sus piernas se aflojan y tengo que sostenerla, acunándola contra mí para que no se caiga. Cuando grita, no es mi nombre el que está en sus labios, sino una serie de respiraciones, duras y pesadas, como si acabara de correr una maratón. En su frente se acumulan gotas de sudor que brillan en la penumbra.

Era innegablemente hermosa con su vestido de novia, pero en la agonía del orgasmo, se transforma en algo verdaderamente impresionante, una visión de felicidad desenfrenada que me cautiva por completo.

GABRIELLA

Cada deseo oscuro y sucio que he albergado siente como si por fin cobrara vida, palpitando con una intensa urgencia.

Me tumbo en la cama, acunada por las suaves sábanas, mientras Antonio se desnuda delante de mí con una gracia lánguida. Este hombre, que acaba de llevarme al borde del éxtasis con sus hábiles dedos, ahora quiere llevarme allí de nuevo, pero esta vez con el poder íntimo de su polla. Y qué polla tan mágica. Sólo la siento brevemente contra la curva de mi culo, pero percibo al instante que me ofrecerá un placer más profundo que nunca.

La muestra con un pequeño rebote que capta toda mi atención. Cuando se baja los calzoncillos, su polla sale y se levanta, erecta y orgullosa, apuntando directamente hacia mí. Mi sexo se aprieta con impaciencia, una respuesta primaria que me produce escalofríos. Ha pasado demasiado tiempo desde que Johnston estuvo dentro de mí, y aquel encuentro fue de todo menos placentero. Mi conocimiento de lo que hay que hacer en el sexo es limitado, un mero destello de comprensión, pero me cuesta creer que un hombre como Antonio pueda enseñarme todo lo que necesito saber... y más.

Cuando se sube a la cama, lo primero que hace es capturar mi boca en un beso que enciende un fuego en lo más profundo de mí. Su lengua recorre mi labio inferior, pidiéndome permiso antes de entrar. Una vez dentro, explora cada centímetro de mi boca con la curiosidad de un aventurero que descubre nuevas tierras, dejándome sin aliento y ansiando más de su embriagadora presencia.

Su grueso miembro presiona insistentemente contra mi muslo mientras cubre mi cuerpo con el suyo, envolviéndome en calor y deseo. Antonio bombea sus caderas contra las mías y noto cómo el apéndice se endurece aún más, una presión deliciosa que me produce escalofríos. Parece imposible que crezca un centímetro más, pero de alguna manera lo hace, llenándome de una abrumadora sensación de anhelo. Y aunque sé que no debería querer oír hablar de la vida sexual de Carina con mi hermano, no puedo evitar sentir una ansiosa anticipación por compartir los detalles de mis propias experiencias íntimas con Antonio.

La valentía se apodera de mí y dejo que mis manos exploren el espacio que hay entre nosotros, rodeando su polla con mis dedos con una mezcla de aprensión y excitación. Antonio sisea bruscamente y separa sus labios de los míos, con la respiración entrecortada y caliente. «Oh, Dios, qué bien te siento», jura, con la voz entrecortada por el deseo. «Déjame hacerte el amor, Gabriella».

Nerviosa y excitada, abro las piernas y le guío hasta la entrada de mi húmedo conducto, prueba del deseo que ha despertado en mí. «Todo esto es por ti», susurro, con la voz apenas por encima de un suspiro. «Tú me hiciste esto». Nunca he sido de las que hablan durante el sexo, pero en este momento, bajo su tierna mirada, encuentro un nuevo valor. Es curioso cómo sentirse realmente amada por un hombre puede cambiarlo todo.

Antonio no vacila, empuja dentro de mí con deliberado cuidado. La cabeza de su miembro atraviesa mis músculos y yo aprieto los dientes en respuesta, un destello de incomodidad se mezcla con el placer. Hacía tiempo que no me sentía así, pero me recuerdo a mí misma que debo respirar hondo y relajarme. Sé que si lo hago, él se sentirá aún mejor dentro de mí, y ese pensamiento enciende una nueva oleada de deseo.

Poco a poco, profundiza más, cada embestida deliberada e intensa. Antonio mueve las caderas hacia delante y hacia atrás, y su grueso tamaño ensancha mi centro con cada empujón medido. Cada centímetro me llena más que el anterior, aumentando la exquisita tensión en mi interior y haciéndome sentir como si fuera a explotar de deseo. Ajusto las piernas, abriéndolas más instintivamente, deseando que me penetre hasta el fondo, anhelando la plenitud que me ofrece.

«Eres la única mujer con la que quiero estar el resto de mi vida», murmura, con su aliento cálido sobre mi piel mientras presiona su frente contra la mía. En ese momento, el mundo exterior se desvanece y quedamos los dos solos. Antonio está metido hasta el fondo, su polla palpita con impaciencia, con un ritmo propio. Aprieto los músculos a su alrededor, provocando un profundo gemido de placer como respuesta. «Dios, eres todo lo que siempre he querido». Su voz está cargada de anhelo y me produce escalofríos.

Su polla se agita dentro de mí, exigiendo más, encendiendo en mí un fuego que no sabía que existía. Por primera vez en mi vida, tengo tanta sed de su cuerpo como él del mío, un deseo insaciable me recorre por dentro.

Con una destreza que me recorre el cuerpo, la mano de Antonio pasa por debajo de mis caderas, levantando ligeramente mi culo para recolocarme, asegurándose de que estoy perfectamente alineada para recibir su polla. Lentamente, empieza a mover sus caderas hacia delante y hacia atrás, obteniendo placer de cada movimiento, de cada embestida. En el calor de nuestra pasión, siento una sensación de urgencia en mi interior, una ansiosa necesidad de más. Lo deseo más profundo, más rápido, más fuerte de lo que Johnston lo ha hecho nunca. Por una vez, estoy desesperada, desesperada por él.

Inclino la pelvis hacia arriba para encontrarme con él, con la urgencia en mi voz mientras le suplico: «Por favor, más».

Él, espoleado por mi claro deseo, empuja más deprisa, sobrepasando los límites de nuestro éxtasis compartido. Siento que mis entrañas se desmoronan, que se deshacen bajo la embestida mientras él se derrama dentro de mí una y otra vez, cada movimiento como testimonio de nuestra ferviente conexión. Antonio gruñe, el sonido es crudo y primitivo, cuanto más rápido se mueve, como un animal desatado, impulsado por el instinto y la pasión. Su ritmo se vuelve frenético; cuanto más fuerte empuja, más golpea ese lugar especial en lo más profundo de mí, encendiendo un fuego que me hace correr hacia el borde del éxtasis.

No puedo evitar que su nombre salga de mis labios, un susurro sin aliento que se escapa mientras me desboco, perdida en el torbellino de sensaciones. Siento el cuerpo caliente y resbaladizo por

el sudor mientras me aferro a él, aguantando el abrumador subidón de mi orgasmo. Este es el momento con el que he soñado durante años, y es con el hombre perfecto, alguien que nunca esperé que me importara tanto, y mucho menos que me enamorara completamente de él.

El cuerpo de Antonio se tensa mientras los músculos de mi coño se aprietan a su alrededor, provocando una respuesta primitiva. Ruge como un león, un sonido de puro éxtasis, cuando el placer se apodera de él. Su cálida semilla se derrama dentro de mí, llenándome por completo, y en ese momento, su cuerpo se afloja, rindiéndose a las secuelas de nuestro apasionado encuentro. De algún modo, incluso en su agotamiento, consigue mantenerse en pie, flotando apenas por encima de mi cuerpo. «Mia regina», murmura Antonio con los ojos cerrados, su voz una suave caricia, “mi reina”.

Aunque al final se separa de mí después de unos instantes, entrelaza sus dedos con los míos, creando un vínculo íntimo que parece imposiblemente correcto. «Así será siempre», promete Antonio, con voz grave y sincera. «El resto de nuestras vidas. Tú y yo».

Me doy cuenta. A pesar de estar totalmente impresionada por mi marido, comprendo la verdad de lo que dice. La vida ya no volverá a ser la misma; es una profunda certeza que se instala en mi pecho, cálida pero pesada.

Permanezco tumbada durante varios minutos, con los pensamientos vagando por las posibilidades del futuro. En el pasado, me habría hecho miles de preguntas mientras intentaba dormirme, con la mente desbocada por la incertidumbre. ¿Qué nos deparará el futuro? ¿Mejorará la vida? ¿Cuándo encontraré la verdadera plenitud? Pero esta noche, esas preguntas me parecen lejanas, casi irrelevantes. En cambio, mis pensamientos se consumen con visiones de la vida junto a Antonio.

Sé que no será fácil; la vida rara vez lo es. Sin embargo, en los días y horas que han precedido a este momento, él me ha asegurado sin cesar que es mío, en cuerpo y alma. Esta conexión es más profunda y fuerte que cualquier otra que haya conocido, y me doy cuenta de que tengo más control sobre él del que nunca he tenido sobre mí misma.

Quizá, si todo sale bien, por fin pueda terminar la carrera. Johnston me obligó a dejar la universidad, insistiendo en que necesitaba una esposa social en lugar de una educada que encajara con su imagen. Pero me imagino una realidad diferente con Antonio, una realidad en la que él me animaría a perseguir mis sueños, a dedicarme a cualquier cosa que despertara alegría en mi corazón, siempre que fuera realmente feliz.

A mi lado, la respiración de Antonio se vuelve lenta y rítmica, una calma reconfortante que llena la habitación. Lo miro en la habitación iluminada, preguntándome cómo puede dormirse con las luces encendidas. Pero las ganas de moverme son más fuertes que mi curiosidad; me levanto en silencio, voy al baño y apago las luces, sumiendo la habitación en una oscuridad cálida e íntima. Cuando vuelvo a meterme bajo las sábanas, siento el peso reconfortante de su presencia cuando se acerca a mi lado de la cama.

«Te quiero, Gabriella», murmura con voz ronca mientras se acurruca detrás de mí y el calor de su cuerpo irradia contra mi espalda.

A pesar de mis ideas preconcebidas y de las incertidumbres que una vez nublaron mi corazón, me doy cuenta con asombrosa claridad de que yo también le quiero. Y en ese momento,

acurrucada en el capullo de nuestro calor compartido, siento una paz que nunca creí posible.

ANTONIO

3 AÑOS DESPUÉS

Me siento a la mesa del desayuno con Rafael y, en algún lugar a lo lejos, podemos oír una cacofonía de gritos y risas, los alegres sonidos de nuestros hijos jugando.

«¿Crees que deberíamos ir a ver si están bien?». pregunta Rafael, con el ceño fruncido por la preocupación.

Lanzo una rápida mirada hacia el salón, donde las encantadoras risitas de nuestros hijos se mezclan con la cálida charla de nuestras cariñosas esposas. «Creo que estarán bien, Rafe», le aseguro, tratando de aliviar su preocupación.

Rafael se queda pensativo, con la mirada perdida mientras contempla el caos invisible. «Pero, ¿y si Lila me necesita? En su voz se percibe una pizca de ansiedad, lo que sugiere que sus instintos protectores están actuando.

Es innegable que el amor ha convertido a los hermanos Bianchi en unos inútiles. Rafael, mi hermano y el padrino de mi boda, defendía un enfoque muy distinto de las relaciones. Él era partidario de llevar a mi mujer con mano firme, abogando por una regla con puño de hierro para demostrarle quién mandaba de verdad. Pero veo que su matrimonio con Lila le ha ablandado considerablemente. Ese es el poder transformador de una buena mujer. «Estoy segura de que te llamaría si te necesitara», le respondo con un gesto tranquilizador.

En ese momento, Gabriella entra por la puerta de la cocina, con nuestro hijo de un año, Riccardo, caminando deprisa detrás de ella. «Vigila a Riccardo», me ordena con aire de urgencia. «Tengo que hacer pis y no deja de seguirme. Intenté dejarlo con Lila, pero se empeñó en quedarse conmigo».

Bajo su vestido de cintura imperio, ya puedo ver los signos reveladores de su embarazo; su vientre empieza a hincharse, un claro indicio de que está de cuatro meses con nuestro segundo hijo. Pronto sabremos de qué sexo es, y la expectación me acelera el corazón. Gabriella está radiante, rebosa belleza y vitalidad mientras se mueve por la habitación. «Lo que sea por ti, mia regina», le prometo, levantándome para coger a Riccardo en brazos y sentir el calor y el peso de mi hijo contra mí. Se marcha a toda prisa, dejando a los hombres en la cocina con sus pensamientos y los sonidos de nuestros hijos resonando de fondo.

«Supongo que no tienes que temer que te mate», bromea Rafael, rompiendo la tensión con sus bromas desenfadadas.

Superé ese miedo a los seis meses de casados. Aunque nada salió mal en esos primeros días, una parte de mí siempre se preguntó si ella era realmente feliz o si sólo estaba montando un espectáculo en mi beneficio. La Gabriella que yo conocía por los tabloides y los flashes de las cámaras parecía una actriz magistral, pero la Gabriella que vivía en nuestra casa parecía alguien totalmente diferente, más real, más vulnerable.

No redecoró nuestra casa a lo grande, sino que empezó a añadir pequeños toques personales que hablaban mucho de su sentido de pertenencia. Un cojín por aquí, una manta por allá y fotografías enmarcadas de nosotros dos sonriendo juntos colgadas de las paredes. Las frías baldosas de mármol pulido que se extendían por el suelo eran innegablemente hermosas, pero con la adición de esas preciosas alfombras, el espacio se transformó en algo más cálido y acogedor.

Gabriella me preguntó una vez si podía volver a la escuela, y casi me reí de la idea porque ¿por qué iba a querer retenerla? Pero cuando me confió que Johnston la había presionado para que lo dejara, me invadió una oleada de ira. Me sentí aliviado de que estuviera muerto, ya que a menudo había fantaseado con matarlo yo mismo. Pocos días antes de dar a luz a Riccardo, se paseó triunfante por el escenario de la graduación, con su título en la mano, irradiando un orgullo y unos logros que me hincharon el corazón.

Cuando nació nuestro hijo, floreció de un modo que yo nunca había imaginado. Durante los dos primeros meses, luchó valientemente contra los familiares que llegaban de todas partes, con sus caras llenas de entusiasmo. Todos querían abrazar a Riccardo y colmarlo de amor, cada uno compitiendo por un momento para acunarlo cerca, pero Gabriella estaba decidida a forjar un vínculo con él que parecía sagrado e irrompible. Cada vez que llegaba a casa después de un largo día, los encontraba juntos, una imagen de pura conexión. Aunque estuviera durmiendo la siesta, lo tenía a su lado en un moisés móvil, con su pequeño cuerpo envuelto, mientras le leía o tarareaba canciones de cuna. Nunca sabré de dónde sacaba la paciencia para soportar sus llantos, las interminables tomas y las noches en vela, pero doy gracias a Dios por ello cada día, maravillada por su fortaleza.

«Creo que es feliz», le confío a Rafael en voz baja, casi un susurro. «Ella no estaba con Johnston». No es que ella admitiera haberlo asesinado; esa verdad pesaba mucho entre nosotros, no dicha pero palpable.

«Supongo que eso es bueno», dice Rafael encogiéndose de hombros, con expresión inescrutable. «Cuanta menos gente lo sepa, menos gente podría delatarla».

Tiene razón, pero eso no me impide sentir una inquietante curiosidad al respecto. ¿Qué pudo haber llevado a Gabriella a un desenfreno tan profundo como para creer que su única salida era matar a un hombre? «Quizá algún día lo averigüe», respondo, con mis pensamientos sumidos en la incertidumbre.

«¿Descubrir qué?» pregunta Gabriella mientras entra de nuevo en la cocina, su presencia iluminando aún más el espacio. «Rafe, creía que Lila estaba detrás de mí. Íbamos a por tazas de pudding».

Rafael se encoge de hombros con indiferencia, aunque hay un destello de diversión en sus ojos. «En realidad ha estado sospechosamente tranquilo desde que pasaste. Tal vez estén durmiendo la siesta», responde, e intercambiamos una mirada cómplice, con el peso de nuestro secreto compartido flotando en el aire.

Ella resopla, tan poco femenina como nunca la he visto, el sonido estalla como una repentina ráfaga de viento. «Tu hija es un tornado, cariño. Antes destruiría Las Vegas entera que echarse una siesta». Y se va tan rápido como llegó, con su risa resonando en el aire, olvidándose por completo de Riccardo, que permanece felizmente ajeno al caos que se arremolina a su alrededor.

«¿Cómo has conseguido un hijo tan tranquilo?» pregunta Rafael, con la voz entrecortada por el malhumor y la incredulidad. «Isabella se quedaría despierta las 24 horas del día si pudiera, rebotando en las paredes como un pinball».

No tiene ni idea de las largas noches en vela que pasamos cuando Riccardo tenía unos cuatro meses. Gabriella y yo recorriamos cada rincón de la casa, con nuestros pasos resonando en el silencio, intentando tranquilizarle para que se durmiera. El médico había dicho que tenía cólicos, un término que hasta entonces me resultaba desconocido. Recuerdo que pensaba que no acabaría nunca, que cada llanto se hacía eterno. Entonces, una fatídica noche, finalmente dormimos hasta la mañana, y me desperté sobresaltada, como si saliera de un sueño. De repente, la tormenta de insomnio pareció disiparse. Riccardo seguía teniendo sus momentos de irritabilidad, pero reservados a la intimidad del hogar. En público, se transformaba. Observaba el mundo que le rodeaba como un pequeño científico, con los ojos muy abiertos mientras estudiaba los rasgos y gestos de todos los que encontraba. Riccardo era un niño curioso, como su madre, siempre deseoso de explorar.

«Está embarazada otra vez», le digo, sin poder reprimir la sonrisa que se dibuja en mi rostro al pensar en la nueva aventura que nos espera.

Riccardo choca las manos, desbordante de entusiasmo. «Mamá tiene un bebé en la barriga». La forma en que lo susurra, cargada de picardía y descubrimiento, hace que suene tan escandaloso, como si estuviera desvelando un secreto emocionante.

Rafael sonríe al niño, con los ojos brillantes de diversión, antes de volverse hacia mí. «¿Estás preparado para ser papá por segunda vez?». Su tono transmite una mezcla de picardía y auténtica curiosidad.

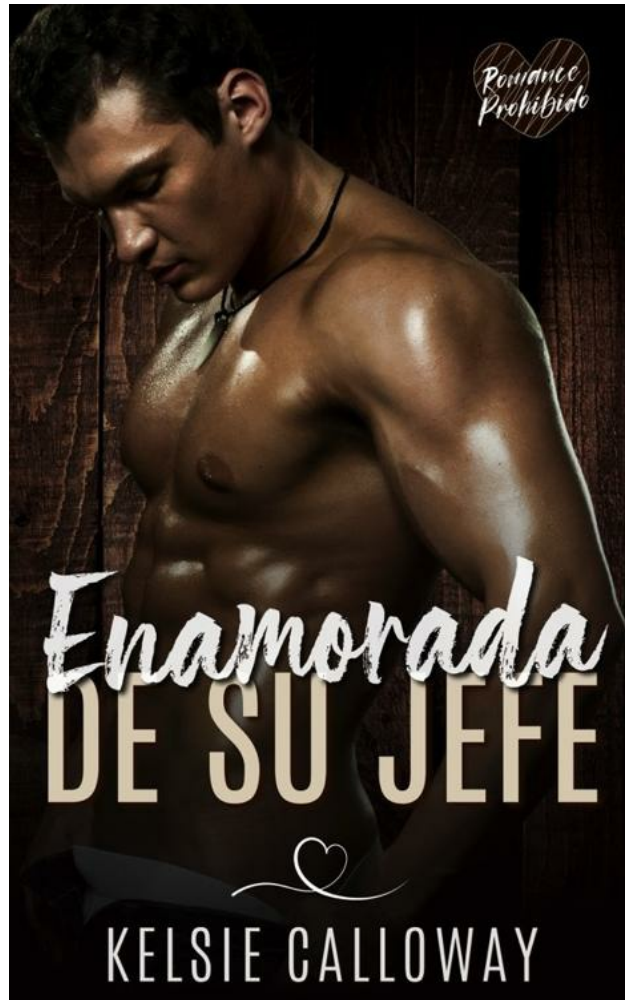
Hago una pausa, sintiendo el peso de la pregunta asentarse sobre mí. No lo sé, pero para ser sincero, ¿quién lo sabe realmente? «Ella lo es todo para mí, Rafe. Si quiere tener una docena de hijos, lo haré». La idea de ampliar nuestra familia me emociona y me da un poco de miedo, pero la idea me hincha el corazón.

«Eso es muy italiano de la vieja escuela», bromea con una sonrisa juguetona que se dibuja en su rostro.

Sería el único tipo de vieja escuela que aceptaríamos. Todo en nuestra relación va en contra de la tradición y del llamativo encanto de Las Vegas. «Lo que ella quiera», repito, mi mirada se desvía hacia la entrada por la que la vi salir, buscando cualquier señal de su regreso.

Cuando dije que mi mundo giraría en torno a ella, no bromeaba. Es la primera persona en la que pienso cuando me despierto, su sonrisa ilumina mis pensamientos. Es la última cara que veo antes de dormirme, su calor me envuelve como una manta reconfortante. Y que Dios me ayude, ella es todo lo que hay entre medias: el latido de mis días, la risa que llena nuestro hogar y el amor que ancla mi alma.

¡CONSIGUE UN LIBRO GRATIS DE KELSIE
CALLOWAY!



Únete a mi lista de correo para ser el primero en enterarte de nuevos lanzamientos, ventas de libros, promociones gratuitas, contenido extra y otros regalos de autor.

¡Recibe **Enamorada De Su Jefe** gratis al registrarte!

<https://geni.us/SpanishRM>



TAMBIÉN DE KELSIE CALLOWAY



¿Quieres más Kelsie Calloway?

¡Visita mi página de Amazon para ver qué otros listados en español tengo!

<https://amazon.com/author/kelsiecalloway>